

50 años  
por  
rumbos  
de paz



AÑOS POR  
RUMBOS  
DE PAZ



VLADLEN KACHANOV

**50 AÑOS POR  
RUMBOS DE PAZ**

EDITORIAL DE LA AGENCIA DE PRENSA NOVOSTI  
MOSCU

## SUMARIO

<i>Espada suspendida sobre el planeta</i>	5
La escalada del dolor humano	6
Socialismo significa paz	10
<i>La política exterior leninista</i>	13
El primer decreto de la Revolución	13
Desde la tribuna de las conferencias internacio- nales	16
Período de reconocimientos	18
La URSS y la seguridad internacional	20
En vísperas del gran incendio	25
Aliados en la contienda contra el fascismo	28
La guerra fría	32
La ley de la defensa de la paz	35
Avances en la correlación de fuerzas	37
<i>Principios plasmados en la realidad</i>	40
El programa de la paz y sus adversarios	40
La teoría y la práctica de la agresión	44
Las relaciones URSS-EE.UU.	47
A tenor de la comprensión mutua y la amistad	48
La entrevista de Tashkent	53

<i>El desarme: senda hacia una paz sólida</i>	57
El proyecto soviético de desarme	57
Medidas parciales	61
La solución de los problemas nucleares: quehacer impostergable	63
Resoluciones útiles para la paz	67
<i>Garantía de seguridad a Europa</i>	70
<i>Conclusión</i>	86

## ESPADA SUSPENDIDA SOBRE EL PLANETA

¿Paz o guerra?

¿El compás en las manos del escolar o la implacable guadaña en las garras de la tétrica figura de la muerte?

¿El pico neumático del minero o el lanzallamas del soldado?

¿Fertilizantes para acrecentar las cosechas de los campos, o tóxicos que envenenen cada fruto, espiga y verde hierbecilla?

¿El átomo al servicio del trabajo y portador de la luz, la alegría y el bienestar para el hombre, o el átomo incinerador de todo lo vivo?

Diríase que nada más sencillo que tal elección: votar por la vida y proscribir resueltamente la muerte. Esa opción hiciéronla siempre los pueblos. Sus más preclaros hijos exhortaron en todo momento a poner fin a las guerras e instaurar una paz eterna en la Tierra.

“¡Oh guerra, tú eres hija de los infiernos!”  
—exclamó Shakespeare.

“Paz, comercio y leal amistad con todas las naciones”: así concebía el porvenir Tomás Jefferson.

“La paz es la virtud de la civilización; la guerra, su crimen”, dijo el gran humanista Victor Hugo. Estas hermosas palabras pronunció cien años atrás, en septiembre de 1869, en el Congreso de la Paz de Lausana: “Nosotros deseamos la paz, la queremos con pasión. Paz entre todos los hombres, entre todos los pueblos, entre todas las razas”.

Deplorablemente, no siempre ni muchísimo menos tuvieron los pueblos acceso a la determinación de sus propios destinos. Y es por eso que a menudo se empapaban de sangre humana los campos de batalla, y las ciudades y pueblos transformábanse en ruinas calcinadas.

## **La escalada del dolor humano**

Los hombres de ciencia han calculado que en el transcurso de los últimos cinco mil quinientos años se libraron en nuestro planeta más de 14.500 guerras, durante las cuales perecieron en los combates y víctimas del hambre y las epidemias 3.600 millones de almas. De traducir a oro los daños materiales inferidos por los conflictos bélicos, obtendríamos un cinturón del preciado metal de 156 metros de ancho y 10 metros de grueso ciñendo el globo terráqueo.

Es verdad que en la antigüedad las guerras no eran mundiales. En ellas contendían partes relativamente pequeñas de la humanidad. Pero ya en el siglo XX la evolución de la técnica y de los pertrechos bélicos escala tales cimas, que las conflagraciones se tornan en calamidades de dimensión universal arrastrando su vorágine a

un número cada vez más crecido de naciones. En la primera guerra mundial (1914-1918) cruzaron las armas 36 Estados, cuyos ejércitos encuadraron a 70 millones de hombres. La segunda contienda mundial envolvió a 61 países, que alinearon a 110 millones de soldados.

Son inmensamente mayores también las bajas humanas y las devastaciones materiales. Si en los tres siglos precedentes (XVII, XVIII y XIX) todas las guerras libradas en Europa segaron 10 millones de vidas, en los diez años de las dos conflagraciones mundiales del siglo XX perecieron casi 60 millones de seres humanos.

Fueron en particular ingentes las pérdidas sufridas en la segunda contienda mundial por la Unión Soviética, que asumió el esfuerzo principal de la lucha contra la Alemania hitleriana. En los campos de batalla y a mano de los ocupantes sucumbieron más de 20 millones de soviéticos, sacrificio imposible de ser medido con precio alguno.

Los invasores fascistas arrasaron e incendiaron en la URSS:

1.710 ciudades y poblados,  
más de 70.000 pueblos y aldeas,  
6 millones y pico de edificios, que alojaban a 25 millones de personas,

31.850 empresas industriales,  
65.000 kilómetros de líneas férreas,  
4.100 estaciones ferroviarias;

destruyeron y saquearon:

98.000 koljoses y 1.876 sovjoses,  
2.890 estaciones de máquinas y tractores,  
40.000 hospitales y otros establecimientos médico-sanitarios,

84.000 escuelas, centros docentes superiores

e institutos de investigación científica,  
43.000 bibliotecas públicas.

Expresado en valor, este detrimento de la Unión Soviética totaliza 128.000 millones de dólares. Digamos, a título de comparación, que, según cálculos del economista francés A. Claude, el valor de las destrucciones acarreadas por la segunda guerra mundial a Inglaterra se cifra en 6.800 millones de dólares; a Polonia, en 20.000 millones; a Francia, en 21.500; a Alemania, en 48.00 millones de dólares.

El fin de la segunda guerra mundial —jubiloso acontecimiento para todos los pueblos— se vio ensombrecido por el estruendo de dos explosiones atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Muchos miles de sus pacíficos moradores quedaron instantáneamente carbonizados, siendo las primeras víctimas del arma nuclear, la más inhumana de cuantas empleara jamás el hombre.

Dos decenios largos han transcurrido desde que la Alemania hitleriana y el Japón militarista fueran derrotados. Y durante todo este tiempo no ha cesado ni por un momento en el mundo la carrera de los armamentos, comprendidos los cohético-nucleares. Hoy las potencias poseedoras de estos temibles pertrechos concentran una fuerza de choque tal, que puesta en función depararía indecibles calamidades al linaje humano.

El perfeccionamiento de la técnica coheteril permite ya hoy arrojar en contados instantes los artefactos nucleares sobre cualquier punto del globo terrestre. Y si la primera y la segunda guerras mundiales devastaron mayormente Europa y parte de Asia, una tercera, caso de

estallar, envolvería en sus llamas al mundo entero, sin hacer distingo entre los frentes y las retaguardias ni entre los soldados y la población civil. Según cálculos de los especialistas, ya el primer intercambio de ataques atómicos aniquilaría de 700 a 800 millones de vidas.

He aquí cómo se imagina los efectos de una hecatombe cohete-nuclear el eminente científico inglés profesor John Bernald:

“Los que perecieran en el acto —escribe en su libro *Un mundo sin guerra*—, serían los más dichosos; un número incomparablemente mayor moriría en la agonía lenta de las quemaduras y de la radiotoxemia. Quedarían pocas esperanzas de auxilio, y cuando éste llegase, apenas si reportaría algún provecho. Por doquier campearía el espanto, muy superior a toda representación del medievo sobre el infierno: bombas que estallan e incendian, cuerpos despedazados y calcinados y el más duradero horror de la convalecencia de los pocos supervivientes...

Una guerra nuclear sería una tragedia que desbordaría todo lo conocido por la humanidad acerca de la muerte y de los tormentos... Supondría una parálisis del decurso de la civilización por siglos, o quizás por milenios. Sin embargo, no creo que eso implicara el exterminio completo de la civilización...”

Cabe discutir con el profesor Bernald tales o cuales pormenores de su descripción de una eventual guerra. Hay quien opina que un conflicto nuclear no sería tan asolador. Otros aseguran que comportaría el exterminio recíproco de los bandos beligerantes. Ese es también el criterio del ministro norteamericano de Defensa, McNamara.

Pero en este caso lo menos substancial son los detalles. Lo que importa es la esencia, y ésta es incontrovertible: que una guerra coheto-nuclear aparejaría la completa desaparición de naciones enteras y retrotraería a la humanidad a estadios ancestrales de evolución.

De esta verdad inconcusa deriva que el desenvolvimiento de las relaciones internacionales en nuestros días no tiene más alternativa racional que la coexistencia pacífica de los Estados con sistema socio-económico diferente. El problema está planteado así: o coexistencia pacífica, o una guerra desoladora. No hay un tercer camino.

Tal es el punto de vista de la Unión Soviética.

## **Socialismo significa paz**

En Occidente hay quien dice que el esfuerzo de la URSS por la paz no es ni más ni menos que una jugada táctica, propagandística en la guerra ideológica por las mentes entablada entre los países socialistas y capitalistas. Pregonan esa versión gentes mal informadas o que deliberadamente calumnian a la Unión Soviética. La teoría del socialismo y la práctica del Estado soviético echan por tierra tal aserto, avalando que el socialismo y la paz son inseparables.

Ya en 1870, durante la guerra franco-prusiana, Carlos Marx, fundador del socialismo científico, escribió que "la unión de los obreros de todos los países extirparía, al fin y la postre, todas las guerras", previendo el nacimiento de

una nueva sociedad, “cuyo principio internacional será *la paz*”.

Vladimir Lenin, fundador del primer Estado socialista del mundo, recalcó asimismo que la demanda de paz representa el contenido de la política exterior del socialismo, dimanante de la naturaleza misma de la sociedad socialista y comunista. Poco antes de la Revolución de Octubre en Rusia, escribió que “la terminación de la guerra, la paz entre los pueblos, el cese del despojo y de la violencia es precisamente nuestro ideal...” Este ideal halla plasmación en la sociedad socialista, donde no hay clases explotadoras tendientes a la anexión y al saqueo de territorios ajenos: fuentes de mano de obra barata, riquezas naturales y esferas de colocación de capital.

En el socialismo pertenecen al Estado todos los medios de producción; ninguna rama de la industria o empresa es propiedad privada. Por eso no hay sector alguno de la población que se lucre con la producción bélica, que extraiga ganancias de los gastos militares y esté interesado en la carrera de los armamentos y en el desencadenamiento de la guerra.

¿Es concebible un empresario occidental que fabrique artículos que no le reportan beneficio alguno? Claro que no. Pues el Estado socialista es precisamente ese “empresario” a quien la industria bélica no depara más que egresos económicos. Y si se ve impelido a destinar cuantiosos fondos a las atenciones militares, eso lo hace impulsado por la necesidad de fortalecer su potencial defensivo. El mantenimiento de las fuerzas armadas modernas requiere ingentes desembolsos. El Estado socialista invertiría muy gus-

toso esos recursos en las ramas civiles de la economía. Mas por cuanto subsiste el peligro de guerra exterior, debe preocuparse de su seguridad y mantener a la debida altura la capacidad combativa de sus fuerzas armadas.

De lo dicho se desprende que el Estado socialista está vivamente interesado en el desarme general y completo, en que se afirme en la Tierra una paz duradera. Entonces todos los fondos públicos se destinarían a impulsar las ramas civiles rentables de la economía, a elevar el bienestar del pueblo, lo cual nos aproximaría más aprisa al comunismo, nuestra anhelada meta.

Como es notorio, la política exterior de cualquier Estado está íntimamente vinculada con su política interna. En el socialismo, la política interna se distingue por las relaciones de amistad y ayuda mutua entre todos los pueblos del país, por el común afán de éstos de edificar el comunismo, sociedad de justicia social. Erigir la base material y técnica de la nueva sociedad y elevar continuamente el bienestar de los trabajadores son cosas hacederas solamente en un clima de paz.

¿Y la guerra? ¿Qué acarrea a los trabajadores, sino sufrimientos y calamidades, sacrificios y penurias?

En la paz es donde el socialismo puede revelar con la mayor plenitud sus posibilidades creadoras y ventajas. La sociedad socialista está vitalmente interesada en la paz para dar cumplimiento a sus quehaceres cotidianos y alcanzar sus metas finales.

Remitámonos ahora a la práctica de la Unión Soviética, el primer Estado socialista del mundo.

# LA POLITICA EXTERIOR LENINISTA

## El primer decreto de la Revolución

El triunfo de la revolución socialista en Rusia marcó la aparición de un nuevo factor en el ámbito internacional: la política exterior del socialismo, acorde con las más candentes aspiraciones de los pueblos. El socialismo brindó a la humanidad el único principio racional de relaciones entre los Estados en las condiciones de división del mundo en dos sistemas: el principio, sugerido por Lenin, de la coexistencia pacífica de las naciones con diferente régimen social.

La substitución de un régimen social por otro es un fenómeno que se opera a base de las leyes económicas objetivas de la evolución social. Cualquier país capitalista puede pasar al socialismo únicamente después de que dentro de ese país maduren determinados factores objetivos y siempre que su pueblo esté dispuesto a ello. Lenin comprendía eso mejor que nadie. Y ya antes de la Gran Revolución Socialista de Octubre llega a la deducción de que el socialismo no puede vencer simultáneamente en todos los países, de que triunfará primero en uno o en varios, mientras que en los demás seguirán subsistiendo todavía por cierto tiempo las relaciones capitalistas u otras. De ahí concluyó que durante un período largo la coexistencia pacífica entre el socialismo y el capitalismo era posible y necesaria.

Diez lustros atrás, cuando en Rusia triunfó la Revolución de Octubre, el primer documento de política exterior promulgado por el Poder soviético fue el Decreto de la Paz. Lenin mismo redactó el proyecto. El decreto proclamaba oficialmente y refrendaba en orden legislativo los enunciados básicos de la política exterior soviética, comprendida la coexistencia pacífica del Estado socialista con los países capitalistas.

En este histórico documento se calificaba la continuación de la guerra mundial como gravísimo crimen de lesa humanidad. El Gobierno soviético declaró que el cimiento de su política exterior sería la batalla por la paz y la amistad entre las naciones, proclamó la igualdad de derechos de los pueblos, el respeto de su soberanía e independencia, la rigurosa no ingerencia en sus asuntos internos y exhortaba a todos los países a la pacífica colaboración económica y cultural. Con la publicación del Decreto de la Paz da comienzo el medio siglo de brega del país soviético por una paz democrática general, por la instauración de relaciones pacíficas con todas las naciones.

Los medios gobernantes de las potencias occidentales, lejos de respaldar las iniciativas del Decreto de la Paz, impusieron una nueva guerra a la Rusia revolucionaria. Y aun en los años de la intervención, cuando 14 Estados se proponían aniquilar a la República Soviética, Lenin reiteró la presteza del país soviético a concertar la paz y la colaboración con todas las naciones. En una entrevista dada al corresponsal del *Chicago Daily News* el 5 de octubre de 1919, manifestó que el Gobierno soviético observaba el principio de la no intromisión en los asuntos

privativos de otros Estados y postulaba la inteligencia económica tanto con Norteamérica como con los demás países.

En el VII Congreso de los Soviets, Lenin comunicó que el Gobierno soviético en 16 meses —desde el 5 de agosto de 1918 hasta el 5 de diciembre de 1919— había propuesto once veces a las potencias de la Entente firmar la paz, y las respuestas fueron siempre negativas. Y poco después, en junio de 1920, el Comisario del Pueblo de Relaciones Exteriores, Gueorgui Chicherin declaró: “Nuestra consigna ha sido y sigue siendo una: la coexistencia pacífica con los demás gobiernos, sean lo que fueren”.

Después de la victoria de la República Soviética sobre sus numerosos enemigos internos y exteriores, el pueblo soviético acomete, en 1921, la recuperación de la economía devastada por la guerra, empieza a sentar los cimientos económicos de la futura sociedad socialista. Para edificar el socialismo era indispensable la paz. La política exterior soviética debió encarar este inexcusable menester: sacar al país de su aislamiento político y económico del concierto internacional, establecer relaciones pacíficas más sólidas con todos los Estados. Y esta tarea fue cumplida con buen éxito. Los nexos entre el sistema socialista consolidado en Rusia y el régimen capitalista dominante en los demás países, iban cobrando una nueva cualidad, tornábanse en coexistencia pacífica.

El Gobierno soviético otorgaba gran alcance a la cooperación pacífica entre las tres mayores potencias europeas: la República Soviética, Inglaterra y Francia. “Todo acercamiento con Francia es para nosotros deseable en extremo

—dijo Lenin—, sobre todo teniendo en cuenta que los intereses comerciales de Rusia exigen imperiosamente la aproximación con esta fortísima potencia continental”. Y consignó que ese acercamiento con Francia no iba en modo enfilado contra Inglaterra, sino, al contrario, contribuía al mejoramiento de las relaciones entre el País de los Soviets y la Gran Bretaña. Al promover la idea de una estrecha alianza y cooperación entre estas tres grandes potencias, Lenin señaló la vía certera para la estructuración de un sistema de seguridad colectiva en Europa.

El primer acto concertado entre la República Soviética y una potencia occidental a tenor de la coexistencia pacífica fue el Acuerdo soviético-inglés sobre la reanudación de los vínculos comerciales, firmado en marzo de 1921. Este instrumento no sólo revestía carácter comercial, sino también político, toda vez que las partes se comprometían a inhibirse de toda acción hostil y a no hacer “fuera de sus propios confines” propaganda contra la otra parte, no establecer bloques una contra otra, etc. Pronto siguieron análogos convenios con Alemania, Noruega, Austria, Italia, Dinamarca y Checoslovaquia.

## **Desde la tribuna de las conferencias internacionales**

En la primavera de 1922 tuvo lugar en Génova la primera conferencia internacional con participación de la Rusia Soviética. Y ya en la primera sesión plenaria la delegación soviética,

cumpliendo instrucciones de Lenin, dio lectura a una declaración programática en la que se decía:

“Permaneciendo en el punto de vista de los principios del comunismo, la delegación rusa reconoce que en la presente época histórica —que hace posible la coexistencia paralela del viejo y del naciente régimen social—, la colaboración económica entre los Estados representantes de estos dos sistemas de propiedad es imperativamente necesaria para la recuperación económica general”.

Así, desde la tribuna de una conferencia internacional proclamaron los representantes de Rusia el postulado de la coexistencia pacífica y de la colaboración de las naciones con distinto sistema social.

A la par, la delegación soviética anunció en la Conferencia de Génova que abrigaba la intención de proponer la reducción general de los armamentos y respaldar las sugerencias tendientes a mitigar el fardo del militarismo. Esta iniciativa fue rechazada sin discusión por los países capitalistas, no obstante, causó profunda impresión en todo el mundo. Ni siquiera los adversarios del desarme pudieron negar que éste era la mejor garantía para mantener la paz en la Tierra.

La negativa de las naciones occidentales a estudiar el problema del desarme no impidió al Gobierno soviético proseguir las búsquedas de caminos para limitar los armamentos. Testimoniando su adhesión a la paz y dando palmario ejemplo a los Estados occidentales, la República Soviética llevó a efecto unilateralmente una reducción de sus fuerzas armadas. Si en 1920 te-

nía bajo las armas a 5.300.000 hombres, a mediados de 1922 quedaban en el ejército sólo 800.000.

A finales de 1922 se celebró en Moscú, a iniciativa del Gobierno soviético, la primera conferencia internacional de desarme que registra la historia. Tomaron parte en ella representantes de Polonia, Finlandia, Letonia, Estonia y Lituania. La Rusia Soviética propuso a sus vecinos un plan para la reducción proporcional de los armamentos. En particular, sugeríase restringir al 75% los efectivos del ejército. El Gobierno soviético consideraba que el éxito de la Conferencia de Moscú podía imprimir un fuerte impulso al movimiento pro desarme general en otros países. Pero, presionados por las potencias occidentales, las delegaciones extranjeras no aceptaron la disminución real de sus fuerzas armadas.

Pese a que no se llegó a un acuerdo, la Conferencia de Moscú desempeñó un papel no desdeñable en el mejoramiento de las relaciones entre el País de los Soviets y sus vecinos occidentales y en la consolidación del prestigio internacional del Estado soviético.

## **Período de reconocimientos**

En enero de 1924 falleció Vladímir Lenin. La muerte de ilustres estadistas comporta casi siempre mudanzas substanciales en la política de las naciones. ¿Repercutió este trágico suceso —la pérdida del jefe del pueblo soviético— en la política exterior de la URSS? De ninguna

manera. El Partido Comunista y el Gobierno de la URSS siguieron invariablemente la política exterior elaborada por Lenin.

El fundador del Estado soviético previó que las esferas gobernantes de los países occidentales deberían al fin y a la postre aceptar la política de relaciones prácticas con la Rusia Soviética, la coexistencia pacífica con ella. “Existe una fuerza mayor —escribió Lenin— que el deseo, la voluntad y la decisión de cualquiera de los gobiernos o de las clases hostiles a nosotros; esa fuerza está representada por las relaciones económicas generales del mundo, que les obligan a emprender el camino de los vínculos con nosotros”.

La historia refrendó la justedad de la previsión leniniana. Las naciones occidentales empezaron una tras otra, a partir de febrero de 1924, a establecer las relaciones diplomáticas con el Estado soviético, encauzando también los nexos económicos y comerciales con él. El primero fue el gobierno laborista de la Gran Bretaña. A Inglaterra le siguieron ya ese mismo año Italia, Noruega, Austria, Suecia, Grecia, Dinamarca, Francia y otros países. Así se inauguró un nuevo período en los vínculos entre la Unión Soviética y las naciones capitalistas, período que se distingue por el afianzamiento del precepto leninista de la coexistencia pacífica en las relaciones internacionales.

El XIV Congreso del Partido Comunista, reunido a finales de 1925, consignando la incipiente “convivencia pacífica” de la URSS con los países capitalistas, encargó al Comité Central del Partido “seguir una línea de paz que centre toda la política exterior del Gobierno y

defina todas sus acciones fundamentales”.

El país más reacio a establecer normales relaciones diplomáticas con el primer Estado socialista fueron los Estados Unidos de Norteamérica. Ya en septiembre de 1920 se procuraba en una nota soviética esclarecer a Washington lo irreal de su curso antisoviético. Acentuábase, en particular, que los EE.UU. se equivocaban de medio a medio suponiendo que sólo a condición de dominar en Rusia el régimen capitalista serían posibles las relaciones normales entre ambos países. “El Gobierno soviético ruso —decía la nota— entiende, por el contrario, que es preciso tanto en interés de Rusia como de América del Norte establecer entre ellas ya ahora, pese a la oposición de su régimen social y político, relaciones de amistad plenamente correctas y leales”. Resta lamentar que la obtusa política de los medios gobernantes de los EE.UU. no permitió encauzar las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética hasta el año 1933.

## **La URSS y la seguridad internacional**

La primera organización internacional en que ingresó la Unión Soviética fue la Comisión preparatoria para la Conferencia por el desarme convocada por la Sociedad de las Naciones. Haciendo uso de la palabra en la comisión el 30 de noviembre de 1927, Maxim Litvínov, jefe de la delegación de la URSS, leyó por encargo del Gobierno soviético una declaración que fue un valioso aporte al batallar de los pueblos por la paz universal. En la declaración proponíase

la disolución de todas las fuerzas armadas, destruir todos los tipos de armamento y munición, desmantelar las bases militares, prohibir la instrucción militar y la propaganda belicista, así como poner en práctica otras medidas tendientes a garantizar el desarme general y absoluto.

Las propuestas soviéticas impresionaron sobremanera a la opinión pública mundial. El periódico norteamericano *Baltimore Sund* dijo por aquellos días que “las sugerencias soviéticas son compartidas por el pueblo sencillo en todas partes”, y el prominente líder laborista inglés Lansbury manifestó: “Estoy seguro de que si las propuestas soviéticas se llevasen a una asamblea de hombres y mujeres del pueblo, votarían por ellas unánimemente. Opino que la declaración soviética es el suceso más descollante en la historia de la lucha por la paz”. Pero ahí está el quid precisamente: es que el aprobar o desechar las humanas propuestas soviéticas no era cosa que decidían las gentes sencillas, sino los círculos gobernantes de los países capitalistas, nada interesados en el desarme. La declaración soviética fue declinada. Y la misma suerte corrieron otras sugerencias soviéticas similares, presentadas años posteriores a la deliberación de los foros internacionales competentes.

Quien con más franqueza reveló las razones que movían a las potencias occidentales a rechazar la idea del desarme general fue Lloyd George. “Para las grandes potencias —dijo— hay un obstáculo que fácilmente pueden reputar infranqueable. Francia se pregunta si podrá retener sin ejército a Marruecos y Argelia. Inglaterra se hace el mismo interrogante con relación a la India; Italia deberá pensar en las consecuencias

del desarme para sus posesiones en Trípoli, y los Estados Unidos sopesarán las derivaciones del desarme para su dominio en las Filipinas”.

La negativa de Occidente a dar el más mínimo paso en dirección a restringir los armamentos puso en la picota a los culpables de la abrumadora losa de los gastos bélicos echada sobre los hombros de los pueblos y del brote de nuevos focos de guerra en distintos puntos del orbe.

El Gobierno soviético no desaprovechaba la más mínima oportunidad para lograr ya sólo fuesen resultados parciales en la consolidación de la paz. En 1928, representantes de varios países suscribieron en París el Pacto Briand-Kellogg sobre la renuncia a la guerra como instrumento de política nacional. No obstante tener plena conciencia del carácter declarativo de tal pacto, el Gobierno soviético se adhirió a él, considerando que en cierta medida podía contribuir a vigorizar la paz y la seguridad. Explicando la postura del Gobierno de la URSS, el Comisario del Pueblo de Relaciones Exteriores manifestó:

“Excluir las guerras es uno de los propósitos fundamentales de la política de la Unión Soviética. Nuestro Gobierno tiende en su política a eliminar la eventualidad de toda suerte de guerras. Cualesquiera que sean en el futuro los resultados objetivos de las guerras, la finalidad básica de nuestro Gobierno consiste en prevenir las todas”.

Con esas miras, la Unión Soviética presentó a la Conferencia del desarme (febrero de 1933) un proyecto de declaración sobre la definición del agresor. El documento proclamaba la inviolabilidad de las fronteras, tanto de los países

grandes como pequeños, y negaba el derecho de todo Estado a inmiscuirse bajo ningún pretexto en los asuntos privativos de otro. Decía, en particular:

“Ninguna consideración de orden político, estratégico o económico, ni el afán de explotar en el territorio del país objeto de ataque riquezas naturales u obtener cualesquiera otras ventajas o privilegios, como tampoco el invocar las notables dimensiones del capital colocado u otros intereses especiales que pudieran tenerse en tal territorio, ni el negarle los rasgos distintivos de Estado pueden ser justificante para la agresión. . .”

El proyecto soviético fue acogido con aprobación por la mayoría de los miembros de la Sociedad de las Naciones. Así, el político francés Edouard Daladier dijo en la Cámara de los diputados que la declaración era “una clara y precisa definición del agresor que Rusia, para honor suyo, había presentado a examen y que nosotros aprobamos íntegramente”. Por desgracia, la postura de algunas otras potencias occidentales, Inglaterra en primer lugar, no permitió al proyecto soviético adquirir fuerza legal. No obstante, la Unión Soviética puso en práctica los principios contenidos en su proyecto, concertando un convenio sobre la definición del agresor con algunos países, vecinos suyos en primer término.

Al llegar al poder los nazis en Alemania y surgir focos de guerra en Europa y el Extremo Oriente, el problema de garantizar la paz y la seguridad de las naciones devino más imperioso y acuciante. El Gobierno soviético avanzó la idea de suscribir un pacto de seguridad colecti-

va, cuyos signatarios —Polonia, Checoslovaquia, Alemania, Países Bálticos, Finlandia y la Unión Soviética— se comprometerían recíprocamente a garantizar la intangibilidad de las fronteras y prestarse ayuda para refrenar al agresor. Pero nuevamente la posición de los países capitalistas (en el caso dado, Alemania y Polonia) impidió que tomara cuerpo la idea de la seguridad colectiva.

En 1934, los gobiernos de treinta naciones se dirigieron a la Unión Soviética, invitándola a ingresar en la Sociedad de las Naciones. No obstante comprender bien todos los flacos de la Sociedad, la URSS aceptó la invitación, ya que ese foro internacional podía ser convertido hasta cierto punto en un escollo para el agresor. En la Sociedad de las Naciones, la Unión Soviética hizo tesoneros esfuerzos para rechazar la amenaza personificada en los Estados fascistas, prevenir la guerra, salvaguardar la paz. “Desde el 18 de septiembre de 1934 hasta pocos meses antes del estallido de la segunda guerra mundial —observó el historiador inglés F. Walters, ex vicesecretario general de la SN—, Rusia siguió siendo paladín convencido de las Sociedad de las Naciones. Su posición en el Consejo y en la Asamblea y su actitud ante las potencias agresoras ajustábanse mucho más a las prescripciones del Estatuto de la Sociedad que la postura de cualquier otra gran potencia. Precisamente a Rusia le perteneció el papel preeminente en los problemas de la seguridad”.

## En vísperas del gran incendio

Con vistas a preservar la paz en Europa, la Unión Soviética se esforzó por estructurar un sistema de seguridad colectiva. A tal fin suscribió en mayo de 1935 tratados de ayuda mutua con Checoslovaquia y Francia, posibles merced a la coincidencia de los intereses nacionales de estos países, a quienes amenazaba la creciente agresividad de la Alemania hitleriana. Y cuando en 1938 se cernió sobre la aliada Checoslovaquia el peligro de incursión de las tropas nazis, la URSS patentizó estar dispuesta a cumplir sus compromisos, concentrando en la frontera occidental treinta divisiones de infantería y una respetable cantidad de armamento.

Pero las potencias occidentales —Inglaterra y Francia— desistieron de las medidas colectivas contra la agresión fascista, prefiriendo una bochornosa componenda de Munich con Hitler que, además de sentenciar al vasallaje a Checoslovaquia, desembocó en la segunda conflagración mundial. He aquí lo que a este respecto dijo en 1958 Eisenhower, a la sazón presidente de los EE.UU.: “¿Acaso no recordamos que la palabra “Munich” significa la vana esperanza de apaciguar a los agresores?... En Europa se vio el apaciguamiento como senda a la paz. Las naciones democráticas entendían que el intentar detener los acontecimientos en desarrollo llevaría a la guerra. Pero fue precisamente a causa de esos repliegues continuados que estalló la contienda”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *U.S. News and World Report*, September 19, 1958, pp. 108-109.

Hubiera sido más exacto decir que si las potencias occidentales retrocedían no era porque no pudiesen dar una réplica a la Alemania hitleriana, sino porque confiaban canalizar la agresión hacia el Este, contra la Unión Soviética. No sólo la URSS ve así el problema, en la propia historiografía occidental se sostiene esa misma opinión. Así, en el manual norteamericano para los colegios del profesor T. Bailey se dice: "En las democracias occidentales se peroraba sin principios que era menester lanzar a Hitler contra Stalin, para que se desangraran en los espacios de Rusia, mientras las naciones democráticas quedarían a cubierto de peligro"<sup>2</sup>.

En marzo de 1939 surgió una nueva posibilidad de impedir la propagación de la peste parida en Europa. Consultado por el Gobierno inglés acerca de cuál sería la actitud de la URSS en caso de nuevos actos agresivos de la Alemania fascista, el Gobierno soviético sugirió la idea de convocar una conferencia de la Unión Soviética, Inglaterra, Francia, Polonia, Rumania y Turquía para deliberar las medidas colectivas enderezadas a garantizar la seguridad de los países adictos a la libertad. Pero tampoco esta propuesta fue aceptada por las potencias occidentales.

Gracias a la perseverancia de la diplomacia soviética se iniciaron pronto conversaciones entre la URSS, Inglaterra y Francia cuyo objeto era la conclusión de un pacto de ayuda mutua. El diálogo duró varios meses y no dio fruto alguno. Los colocutores occidentales pretendían

<sup>2</sup> T. Bailey, *A Diplomatic History of the American People*, N. Y., 1958, p. 709.

imponer compromisos unilaterales a la URSS, sin desear darla por su parte garantías similares. Más aún, los jefes de las misiones militares de Inglaterra y Francia llegados a Moscú no traían ni siquiera poderes para concertar acuerdo alguno con la Unión Soviética. Su táctica de prolongar las conversaciones y eludir los compromisos concretos persuadió al Gobierno soviético de que Inglaterra y Francia no querían concluir el pacto de ayuda mutua ni convenio militar alguno. El Gobierno de la URSS tenía razones sobradas para considerar que el desig- nio de las potencias occidentales no era rechazar colectivamente la agresión fascista, sino canalizar esta agresión contra la Unión Soviética, desviar de sus países la amenaza hitleriana.

Cumpliendo su deber para con el pueblo soviético, el Gobierno de la URSS dio el único paso cuerdo en aquellas circunstancias, paso que demoró casi dos años el ataque nazi a la Unión Soviética: aceptó la propuesta de Alemania y suscribió con ella un tratado de no agresión, en función del cual las partes debían “abstenerse de todo acto agresivo y ataque de una a la otra” y dirimir “los litigios y conflictos por vía pacífica exclusivamente”.

¿Cómo se habrían desarrollado los acontecimientos de rechazar el Gobierno soviético la propuesta alemana? El país del socialismo hubiera sido, seguramente, atacado por las tropas nazis, viéndose en el trance de tener que librar una durísima guerra contra Alemania (y quizás contra otros países también) sin aliados.

Algunos historiadores occidentales siguen aún reprochando a la Unión Soviética el “pacto con Hitler”. Evidentemente, hubieran querido que

la segunda guerra mundial empezase con el choque entre Alemania y la URSS, quedando Inglaterra y Francia al margen, pertrechadas en el mejor de los casos con prismáticos. Pero la URSS evitó tal desenlace, ganando un tiempo precioso que la permitió tomar ciertas medidas defensivas, las cuales habrían de jugar su papel al hacer frente a la agresión hitleriana. De ser objetivos esos historiadores occidentales, por fuerza habrían de constatar que el plazo “incompleto” de la participación de la URSS en la segunda guerra mundial no impidió que hiciese, indiscutiblemente, el mayor aporte a la causa común de la victoria sobre las potencias del “eje”.

No, no fue por culpa de la URSS que la lucha por la paz en aquel período no coronó con el éxito. La correlación de las fuerzas en la palestra internacional no era entonces favorable al socialismo: dos países socialistas —la URSS y la República Popular Mongola— no podían aún ejercer una influencia determinante en la política mundial. Mientras que en Occidente prevalecían los partidarios del “apaciguamiento” de la Alemania hitleriana y el desvío de su agresión hacia el Este. Merced a ello pudieron los agresores fascistas desencadenar la segunda conflagración mundial.

## **Aliados en la contienda contra el fascismo**

En el transcurso de la guerra contra la Alemania nazi afloraron nuevas oportunidades y formas de coexistencia de las naciones con dis-

tinto régimen social. La oposición de los sistemas sociales de la URSS y los aliados occidentales no impidió la estrecha colaboración entre ellos para el logro del objetivo común. A favor de tal cooperación se pronunciaron también reiteradamente estadistas de las potencias occidentales. Winston Churchill escribió en noviembre de 1941: "El hecho de que Rusia sea una nación comunista y que Bretaña y los EE.UU. no sean tales naciones ni piensen serlo, no es obstáculo alguno para que nos tracemos un buen plan a fin de asegurar nuestra seguridad mutua y nuestros legítimos intereses".

Análogas manifestaciones hizo Franklin D. Roosevelt, Presidente de los EE.UU., comprendiendo el transcendental significado de las acciones conjuntas contra la Alemania hitleriana. Por fortuna, Harry Truman no era entonces más que senador y no podía ejercer una influencia decisiva en la política norteamericana. De otro modo, ¿qué podía esperarse de un hombre que declaró a raíz de la agresión de Hitler a la URSS: "Si vemos que gana Alemania, debemos ayudar a Rusia, y, si ganase Rusia, deberíamos ayudar a Alemania y, así, que se desangren lo más posible una a otra". La filosofía canibalesca de este siniestro personaje, adueñado de las riendas de la política estadounidense al final de la guerra, costó a la humanidad incontables víctimas inocentes en Hiroshima y Nagasaki, y luego en Corea.

Empeñados en cruentísimos combates contra las hordas nazis, los soviéticos pensaban en el día en que el agresor sería aniquilado y sobre el planeta, limpio de la peste parda, resplandecería el sol de la paz. Ya en el primer período

de la guerra, el 8 de noviembre de 1941, el Gobierno soviético expresó el deseo de conseguir una inteligencia entre los aliados para el arreglo de posguerra. Ese entendimiento fue conseguido y plasmado más tarde en una serie de documentos conjuntos. Así, en el Tratado soviético-inglés de alianza (26 de mayo de 1942), las partes se comprometían a cooperar en la posguerra con miras a mantener la paz y contrarrestar la agresión. En la Conferencia de los aliados celebrada el mes de octubre de 1943 en Moscú fue redactada una declaración sobre la seguridad colectiva, donde se decía que, luego de finalizada la guerra, los aliados canalizarían sus esfuerzos al restablecimiento de la paz y la seguridad, comunicándose que próximamente sería constituida la correspondiente organización internacional fundada en el principio de la igualdad soberana de todas las naciones adictas a la paz.

Dicha organización fue constituida, como es sabido, la primavera de 1945 en la Conferencia de San Francisco. La misión principal asignada a la Organización de las Naciones Unidas por los cincuenta países fundadores fue garantizar la paz y la seguridad internacionales. La experiencia de los años transcurridos testimonia que la ONU pudo cumplir con buen éxito su cometido sólo cuando las grandes potencias, que concentran la mayor fuerza militar y autoridad internacional, actuaban concordadamente, en común, cooperando al mantenimiento de la paz universal.

Las conferencias celebradas por los aliados en Teherán, Yalta y Potsdam hicieron un valioso aporte en la empresa de sentar los cimientos de una duradera paz posbélica y prevenir la

eventualidad del desencadenamiento de una nueva guerra mundial por Alemania.

Refiriéndose al saldo de la Conferencia de Teherán, el entonces Presidente de los EE.UU., Roosevelt, consignó la unanimidad de las tres grandes potencias en “que Alemania fuese privada de su potencial bélico y de la posibilidad, durante un período que podemos prever, de recuperar ese poderío”.

En Yalta fueron concordados los tres elementos de la política única de los aliados: desmilitarización, denazificación y democratización de Alemania. “Nuestra inalterable finalidad —proclamaron los aliados— es la demolición del militarismo y nazismo germanos y el crear garantías para que Alemania no pueda jamás perturbar la paz del mundo”. Las tres grandes potencias convinieron los planes para establecer en común con sus aliados los sólidos sillares de una paz duradera.

En la Conferencia de Potsdam, las potencias vencedoras declararon solemnemente que adoptarían medidas enérgicas “al objeto de impedir para siempre el resurgimiento o reorganización del militarismo y el nazismo germanos”. Los aliados patentizaron asimismo su disposición a colaborar entre sí tanto durante la guerra como después.

Los acuerdos de Teherán, Yalta y Potsdam trazaron las vías seguras para el desenvolvimiento de los pueblos en un ambiente de paz y progreso, para prevenir nuevas guerras. Pero los Estados occidentales no quisieron seguir esa trayectoria, negándose a cumplir las decisiones de que ellos mismos habían sido autores. Traicionaron sus compromisos, inclinándose a la

confabulación con las fuerzas agresivas de la RFA, hasta el punto de respaldar sus apetencias revanchistas y ambiciones nucleares. Un fruto de esa política fue el resurgimiento de la Bundeswehr, que hoy prende al papel de principal fuerza de choque de la OTAN en Europa.

Tal actitud ante los tratados y compromisos internacionales es inadmisibile. Vulnerar la regla de inconvivibilidad de los mismos lleva al caos en las relaciones internacionales. Vale recordar a este respecto las sabias palabras de Hugo Grotius: "El cumplimiento honrado de la palabra dada constituye la base de la gran colaboración de las naciones. . ."

## La guerra fría

En la posguerra quebró la unión de los aliados de la coalición antihitleriana, cediendo el sitio a la guerra fría. El impulso de la carrera de los armamentos, los coheto-nucleares en primer término, sitúa al género humano en una raya peligrosa, tras la cual acechan fatales consecuencias para los pueblos.

Algunos historiadores de Occidente pretenden a posteriori endosar la responsabilidad de la agravación internacional en esos años a la Unión Soviética. Pero sus "hallazgos" históricos se dan de cachetes con los hechos. Pues no fueron los dirigentes soviéticos, sino Truman quien declaró después de la guerra que sentía "una constante y abrasadora necesidad de dirigir el mundo". Otro mentor occidental, Churchill, pronunció en Fulton su malhadado discurs-

so antisoviético, haciendo así un deplorable aporte a la tirantez internacional.

Ahora ya no es secreto para nadie que los líderes de Occidente querían chantajear a la URSS, amenazando a su ex aliado con la bomba A. Después del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, Churchill dijo: "Ahora poseemos eso que modificará la correlación de fuerzas con los rusos. El secreto de esta materia explosiva y nuestra capacidad de emplearla alterará por completo el equilibrio diplomático"<sup>1</sup>.

Esas palabras explican los pasos de Occidente que aparejaron la aparición de la guerra fría. El fortalecimiento de la URSS en la grandiosa prueba del duelo con la Alemania hitleriana, así como la instauración en varios países europeos de un régimen auténticamente popular supuso una tragedia para los medios imperialistas de Occidente, que no deseaban abandonar su sueño de dominio indiviso del mundo. Churchill, Truman y sus congéneres no podían avenirse con la idea de que muchos países de Europa y Asia habían salido de las esferas de influencia imperialistas. Los políticos occidentales querían retrotraer la rueda de la historia, volver al poder a los banqueros, capitalistas y terratenientes en los países cuyos pueblos habían emprendido la construcción del socialismo. Con tal de lograr sus designios, estaban dispuestos a embarcarse en las más arriesgadas aventuras. J. C. Grow, ex vicesecretario norteamericano de Estado, certifica en su libro *Era turbulenta* que los EE.UU. preparaban a marchas forzadas la guerra contra

---

<sup>1</sup> A. Bryant, *Triumph in the West*, 1943-1946 L., 1959, p. 417.

Rusia como “la cosa más segura del mundo”<sup>1</sup> en los próximos años posbélicos.

Por entonces apareció toda una serie de obras destinadas a demostrar la inevitabilidad del choque militar entre los países capitalistas y socialistas.

El finado John F. Dulles, a la sazón secretario de Estado, publicó en 1950 el libro *Guerra o Paz*, en el que negaba paladinamente la posibilidad de la coexistencia pacífica y la colaboración entre las naciones de los dos sistemas y aseguraba la ineluctabilidad de la guerra entre ellas. “De guiarse por la historia, la presente situación debe desembocar en la guerra” —escribió, emitiendo el siguiente pronóstico sobre el porvenir de la humanidad—: “. . .la estructura de la vida de la nación americana puede ser el modelo estructural para el mundo entero”<sup>2</sup>. Este trovero de la guerra aseveró que la Organización de las Naciones Unidas “sería sin los comunistas soviéticos una organización mucho más grata”<sup>3</sup>.

El libelo de otro anticomunista, I. Faller, editado en 1948, proscribía la política de colaboración de las potencias occidentales con la URSS en los años de la guerra. Faller dice sin circunloquios que los EE.UU. e Inglaterra deberían haberse aliado no con la Unión Soviética, sino con la Alemania fascista contra la URSS.

Hatchins, Borgues, Adler y otros profesores de la Universidad de Chicago idearon un “Proyecto de Constitución mundial” y propusieron se pre-

---

<sup>1</sup> I. C. Grow, *Turbulent Era. A Diplomatic Record of Forty Years 1904-1945*, vol. II, Boston, 1952, p. 1446.

<sup>2</sup> *War or Peace*, Macmillan Company, New York, 1950, p. 3.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 188.

sentará a la URSS un ultimátum, exigiéndola su conformidad para la formación de un “Estado universal”, ya que el no querer la Unión Soviética abdicar de su soberanía era, a juicio de ellos, el principal obstáculo con que tropezaba ese quimérico plan.

Tales elucubraciones eran sobre todo características para el primer decenio posbélico, cuando las potencias occidentales intentaban dialogar con la Unión Soviética “desde la posición de fuerza” y la prensa de estos países profería estridentes llamamientos a una “guerra preventiva” contra la URSS.

## **La ley de la defensa de la paz**

En la compleja coyuntura de los años posbélicos hizo la Unión Soviética todo lo posible para conjurar una tercera guerra mundial y afianzar la coexistencia pacífica como código de los Estados en las relaciones internacionales.

La II Asamblea General de la ONU aprobó en noviembre de 1947, a propuesta de la delegación soviética, una resolución estigmatizando cualquier forma de propaganda susceptible de producir o agravar la amenaza de guerra e invitando a todos los gobiernos de los países miembros de la ONU a cooperar con todos sus medios de información y propaganda al robustecimiento de la amistad entre las naciones.

La llamada de la joven organización internacional fue desoída por aquellos a quienes más concernía. Continuaban caldeando la atmósfera internacional y pronto se salieron con la suya en

un punto del planeta: en Corea brotó en sangrientas llamaradas la guerra caliente.

Precisamente en aquellos días, cuando hacía estragos el incendio coreano, la Unión Soviética adoptó la Ley de la defensa de la paz. El 12 de marzo de 1951, el Soviet Supremo de la URSS, inspirado en los sublimes principios de la pacífica política soviética, decretó:

1. Considerar que la propaganda bélica, en cualquier forma que se haga, socava la paz, crea una amenaza para la paz y es, por ello, un gravísimo crimen de lesa humanidad.

2. Las personas culpables de hacer propaganda de la guerra serán entregadas a los tribunales y juzgadas como peligrosísimos criminales.

La Ley de la defensa de la paz era la natural continuación del leniniano Decreto de la Paz e iba enfilada contra la histeria bélica, que entonces emponzoñaba la atmósfera internacional.

Es notorio que en la prensa soviética no tenía sitio esa propaganda, que en la URSS no había ni hay gente que exhorte al desencadenamiento de la guerra.

Es significativo que, según la Constitución soviética, ni siquiera el órgano legislativo superior del país —el Soviet Supremo de la URSS— está facultado para declarar la guerra a su arbitrio. Puede únicamente constatar el estado de guerra en caso de ataque a la Unión Soviética o en función de los compromisos dimanantes de los tratados de ayuda mutua, bien entendido que la asistencia derivada de tales convenios se presta sólo en caso de ataque a los aliados de la URSS.

Al adoptar la Ley de la defensa de la paz, el Soviet Supremo partió de que si las leyes de to-

dos los países castigan la incitación al asesinato de un individuo, con mayor motivo deben escarmentar por exhortación a la guerra, que es asesinato masivo de seres humanos. El Parlamento soviético propendía al mismo tiempo a robustecer la paz y las relaciones entre los países socialistas y capitalistas.

Desgraciadamente, los Estados en que se desplegaba una desenfrenada propaganda belicista desoyeron la voz de la Unión Soviética y no quisieron atajar las instigaciones a la guerra. Tampoco aceptaron sensatas propuestas cuya ejecución hubiera saneado el clima internacional: las sugerencias soviéticas sobre la conclusión de un Pacto de vigorización de la paz entre las cinco grandes potencias, interdicción de las armas nucleares, reducción de los armamentos, etc.

## **Avances en la correlación de fuerzas**

Pese a que las potencias occidentales desestimaron la pacífica iniciativa soviética, la URSS siguió haciendo todo lo posible para mejorar el ambiente internacional. El Gobierno soviético dio patente ejemplo a otras naciones, efectuando de modo unilateral varias reducciones cuantiosas de sus fuerzas armadas. Más de una vez hizo la URSS valiosos aportes a la vigorización de la paz en distintas zonas del mundo, evitando la guerra. Baste recordar su papel en el arreglo de Indochina (1954), en Egipto (1956), en la cancelación de la crisis del Caribe (1962) y la solución del conflicto militar entre la India y el Pakistán (1966).

Las acciones decididas, rápidas y conjuntas de la Unión Soviética y de otros Estados socialistas, desarrolladas en el verano de 1967, han jugado un importante papel en el cese de las operaciones bélicas en el Cercano Oriente, destacadas por Israel. La Unión Soviética hizo todo lo necesario para apagar el incendio de la guerra y restablecer la paz en esta región.

Su esfuerzo por atajar la guerra fue facilitado por el hecho de que en la posguerra el frente de la lucha por la paz se ensanchó y fortaleció. Numerosos países de Europa y Asia emprendieron la vía del socialismo, cristalizó el sistema socialista mundial, interesado en la prosperidad económica pacífica. La gallarda contienda nacional liberadora de los pueblos de las colonias alumbró en Asia y Africa a decenas de nuevos Estados independientes que siguen una política de neutralidad positiva, de no alineación en los bloques militares y contribución a la paz.

El aporte de la opinión mundial y de las extensas masas populares al arreglo de los litigios acreció notablemente en la posguerra. Un botón de muestra son los Partidarios de la Paz: el más vasto movimiento de la contemporaneidad, que agrupa a sectores de las más dispares convicciones políticas y religiosas, clases y estratos de la sociedad, los cuales reclaman el cese del armamentismo, la solución negociada de los litigios y el impulso de los contactos entre las naciones con sistema social diferente.

Los Partidarios de la Paz soviéticos hacen una sensible aportación a la brega contra el peligro de guerra mundial. Participan diligentemente en todos los actos internacionales que emprende el Movimiento Mundial, entendiendo que sólo con

los esfuerzos mancomunados y las resueltas acciones masivas de todas las fuerzas pacificas es posible conjurar la guerra.

El magno progreso operado en la correlación de las fuerzas mundiales a favor de la paz, la democracia y el socialismo permitió a los comunistas soviéticos deducir que, en el presente contexto, con los esfuerzos mancomunados de los países socialistas, de los Estados pacíficos no socialistas, de la clase obrera internacional y demás sectores adictos a la paz, es posible evitar la guerra mundial. Mas para ello es preciso replicar a toda manifestación de la política agresiva de los Estados imperialistas, defender resueltamente los principios de la coexistencia pacífica de los países con distinto régimen social.

# **PRINCIPIOS PLASMADOS EN LA REALIDAD**

## **El programa de la paz y sus adversarios**

Diríase que el progreso de la técnica y de los medios de comunicación en la posguerra han disminuido la geografía de nuestro planeta, aproximando unos a otros los países y continentes. Se han multiplicado los nexos económicos y culturales entre las naciones. La aparición de las armas de exterminio masivo y de vehículos capaces de conducirlos a cualquier punto del globo terráqueo hacen esa cercanía, a la par que grata y útil, también peligrosa. Hoy ya ningún país, dondequiera que se encuentre, puede fiar en que el conflicto estallado, digamos, en Europa, no acarreará la muerte a millones de seres en América o Australia. Es por eso que el imperativo de prevenir la guerra y fomentar las relaciones pacíficas y amistosas entre las naciones es ahora más acuciante que nunca.

Con miras a preservar al mundo del peligro de una nueva hecatombe, el Partido Comunista de la Unión Soviética ha elaborado, referidos a la nueva coyuntura histórica, los enunciados de la

política de coexistencia de los Estados con diferente régimen socio-económico. Estas bases, expuestas en el Programa del PCUS adoptado en el XXII Congreso, son las siguientes:

renuncia a la guerra como medio de resolver los litigios entre los Estados y su solución mediante negociaciones;

igualdad, comprensión y confianza entre las naciones, consideración de los intereses mutuos;

no ingerencia en los asuntos internos, reconocimiento a cada cual del derecho a resolver independientemente todos los problemas de su país;

riguroso respeto a la soberanía y la integridad territorial de todos los países;

desarrollo de la colaboración económica y cultural en pie de plena igualdad y provecho mutuo.

Los ideólogos del capitalismo desfiguran estos postulados, motejándolos de instrumento táctico soviético para el logro del triunfo definitivo del comunismo sobre el capitalismo e invocan la opinión de los comunistas de que el capitalismo ha caducado y viene a reemplazarle el régimen socialista.

Los comunistas soviéticos no ocultan sus ideas. Entienden que en los países capitalistas se despliega y desplegará la lucha de clases hasta que triunfe allí el régimen socialista. Ahora bien, la revolución y las batallas de clases son asunto interno de los pueblos, y el principio de la coexistencia pacífica entre los Estados no es aplicable a las relaciones entre las clases en el interior de cada país, como tampoco a las relaciones entre opresores y oprimidos, entre los colonizadores y las víctimas de la esclavitud colonial. El movi-

miento de liberación nacional contra los sojuzgadores extranjeros es un derecho sagrado de cada pueblo aherrojado: su derecho a ventilar los asuntos del propio país.

Quienes peroran que la Unión Soviética proclama de palabra la política de coexistencia pacífica y de hecho exporta la revolución a otros países, falsean la realidad. Los comunistas son adversarios convencidos de la implantación artificial de cualesquiera regímenes socio-políticos desde fuera.

La “exportación de la revolución” está reñida con la teoría marxista. Para la revolución socialista en cualquier país son indispensables procesos internos, es necesario que maduren las contradicciones interiores.

Jamás el Estado soviético se impuso “exportar la revolución”. Ya en 1918 decía Lenin que sólo “un demente” puede plantearse la tarea de “exportar la revolución”, recalcando que “las revoluciones no se hacen por encargo”, sino “se producen cuando decenas de millones de seres llegan a la conclusión de que no se puede seguir viviendo así”. En una entrevista concedida a un corresponsal del *Chicago Daily News* (1919), Lenin declaró que el Gobierno soviético estaba dispuesto a garantizar la absoluta no ingerencia en los asuntos internos de otros Estados.

Los comunistas están persuadidos de que el socialismo reemplazará al capitalismo en el mundo entero, pero no por efecto de la “exportación de la revolución”, sino después que por el sistema socialista se pronuncien, convencidos de sus ventajas, los propios pueblos de los países capitalistas.

Sosteniendo la coexistencia pacífica, la Unión Soviética no se propone, desde luego, abjurar de su ideología, de su incommovible certeza en el triunfo de las ideas del comunismo, como no pide a ningún país de Occidente que renuncie a la fe en la eternidad del capitalismo. El tiempo demostrará de parte de quién está la razón, qué ideología responde mejor a los intereses de los pueblos y de la humanidad entera. Pero esa razón hay que probarla por vía pacífica, y no por la fuerza de las armas, capaz únicamente de retrotraer la civilización. Mientras que en nuestro planeta existan los sistemas capitalista y socialista, sus relaciones, a juicio de los soviéticos, deben revestir el carácter no de respiro ante el combate, sino de vasta colaboración económica y cultural entre ambos.

Las peroratas sobre la “exportación de la revolución” que aún se oyen en Occidente tienen por objeto justificar la desgana de ciertos círculos en los países capitalistas de colaborar con la Unión Soviética y otros Estados socialistas en el espíritu de la coexistencia pacífica. ¿Cómo explicarse esa actitud? Es que la coexistencia difiere radicalmente de esa línea que siguen desde hace mucho numerosos países occidentales y de la que no desean apearse. Cualquiera podrá contar fácilmente decenas de ejemplos demostrativos de que las naciones occidentales apelaron a la guerra para dirimir los asuntos litigiosos, desdeñaron los intereses de otros países, procuraron lucrarse de la cooperación económica en detrimento de sus *partners* y atropellaron a los países más débiles, colocándoles en situación de inferioridad, avasallándolos.

## La teoría y la práctica de la agresión

Pero quizás suscite la mayor objeción de Occidente el principio de la coexistencia pacífica que proclama la no ingerencia en los asuntos del otro y, de ahí, el riguroso respeto de la soberanía y la integridad territorial de todos los países. Algunos líderes occidentales, sin razón alguna para ello, se arrojan el derecho de resolver por los pueblos qué régimen político debe haber en uno u otro país. Se inmiscuyen en los asuntos privados de otras naciones, envían sus tropas al territorio de éstas para evitar la caída de regímenes descompuestos y repudiados por los pueblos. En una palabra, acusando a la URSS de "exportar la revolución", se dedican ellos mismos a exportar la contrarrevolución.

No hace falta ir muy lejos por ejemplos. Los regímenes antipopulares, entronizados en diferentes países de América Latina con el concurso de los diplomáticos y de los dólares norteamericanos, gozan de la confianza y del favor de Washington. En cambio, la revolución cubana, vehementemente apoyada por todo el pueblo de la isla de la Libertad, saca de sus casillas a los círculos gobernantes de los EE.UU., quienes más de una vez han tentado de hundir allí el régimen popular. Más aún, en la Conferencia de Punta del Este (1962) se tomó una resolución donde se decía que por cuanto el Gobierno de Cuba comulga con las ideas de la doctrina marxista-leninista, es incompatible con los principios del sistema latinoamericano. Pero ¿acaso esa resolución es compatible con el Derecho Internacional, y concretamente con la Carta de la ONU? ¿No contradice

las innúmeras declaraciones de los propios gobernantes estadounidenses pregonando que no quieren imponer su sistema a los pueblos contrarios a aceptarlo? La “doctrina de la incompatibilidad” es el fundamento teórico de la agresión contra cualquier país latinoamericano, contra cualquier movimiento independizador en esta región del mundo.

Trasládemonos mentalmente ahora a otro hemisferio, donde los EE.UU. sostienen una guerra más no declarada. ¿A quién defienden los norteamericanos en el Vietnam Sur? A un régimen que odia todo el pueblo y que no se sostendría ni una semana sin el apoyo de las bayonetas yanquis. Los EE.UU. se han ingerido brutalmente en los asuntos internos de este país, aspirando a sofocar por la fuerza de las armas la ira del pueblo alzado a la lucha contra la aborrecida camarilla gobernante de Saigón.

En Occidente hay no pocos autores de abultados trabajos “científicos” cuyo objeto no es otro que justificar la intromisión de los EE.UU. en los asuntos privativos de otros pueblos. Así, D. Graber, en su libro de *Crisis Diplomacy. Historia de la política y práctica intervencionistas de EE.UU.*, reconoce “las notables magnitudes y múltiples manifestaciones de la política intervencionista de América en todas las partes del mundo”, pero las justifica “por consideraciones de orden político y jurídico”<sup>1</sup>. El sociólogo estadounidense C. Eagleton promueve a primer plano razones de índole estratégica y el interés en los recursos naturales que, según él, “explican” la

<sup>1</sup> D. Graber, *Crisis Diplomacy. A History of US Intervention Policies and Practices*, Wash, Public Affairs, Press, 1959, p.x.

intervención yanqui. El profesor G. Burnham va más lejos aún, exhortando a los EE.UU. a “prescindir por completo del principio de la no ingerencia en los asuntos internos de otros pueblos, que en la actualidad es una fórmula carente de sentido”<sup>1</sup>.

Claro, la Unión Soviética no puede avenirse ni con las teorías que justifican el saqueo imperialista ni aún menos con el saqueo mismo. Tales teorías y actos están en contradicción flagrante con las normas elementales del Derecho Internacional, en particular con la Carta de la ONU, que prohíbe la ingerencia en los asuntos internos de otros Estados cualquiera que sea el pretexto de que se valga. Nadie puede privar a ningún pueblo del derecho a elegir, conforme a su voluntad soberana, tanto la forma de gobierno y régimen político como el sistema de economía. Y si estima que tal o cual administración o sistema económico no corresponden ya a sus intereses, es muy dueño de efectuar los cambios que crea pertinentes.

Digamos, de pasada, que el ilustre demócrata norteamericano Tomás Jefferson opinaba cabalmente así: “Cuando cualquier forma de administración deviene nociva y dañina para los intereses del pueblo —manifestó—, el pueblo tiene derecho a modificarla o eliminarla y establecer un nuevo gobierno, fundándole en los principios y organizando el poder en la forma que juzgue más convenientes para el logro de su dicha y seguridad”. No, Jefferson no aprobaría las funciones policiales que los EE.UU. se arrogan contra numerosos pueblos.

<sup>1</sup> G. Burnham. *The Struggle for the World*, N. Y., 1947, p. 177.

## Las relaciones URSS—EE. UU.

El empeoramiento de las relaciones soviético-norteamericanas en los últimos años obedece al rumbo agresivo emprendido por la más fuerte de las potencias occidentales, al desdén de ciertas esferas estadounidenses por la soberanía e inviolabilidad territorial de otros países y pueblos.

Prosiguiendo la escalada de la guerra en el Vietnam, los líderes norteamericanos consideran —cosa extraña por demás— que pueden a la vez mejorar las relaciones con la URSS y otros países socialistas. Dan a entender que están dispuestos a aceptar los enunciados de la coexistencia pacífica en las relaciones URSS-EE.UU., al tiempo que los pisotean en su trato con países más débiles, reemplazando esas normas por la intervención militar en los asuntos domésticos de los pueblos. En tal sentido se ha manifestado, en particular, el Presidente Johnson.

Que no se caigan en engaño los mentores de la política exterior norteamericana: no se puede con una mano arrojar bombas a un país socialista y tender farisaicamente la otra a la Unión Soviética. La URSS rechaza categóricamente el absurdo punto de vista de que las grandes potencias pueden erigir sus relaciones a expensas de otros países y pueblos. El principio de la coexistencia pacífica tiene validez universal: las naciones que le reconocen deben realizar la política correspondiente tanto en lo que respecta a las grandes potencias como a los países pequeños.

Los soviéticos esperan de los dirigentes de los EE.UU. no bellas palabras sobre lo deseable que sería el alivio de la tirantez internacional, sino

hechos. Y el más impostergable es el cese de la agresión norteamericana en el Vietnam, la evacuación de las fuerzas armadas estadounidenses de ese país y el otorgar al pueblo vietnamita el legítimo derecho a solventar por sí mismo sus problemas, como estipulan los Acuerdos ginebrinos de 1954. Tales son las condiciones inexcusables, cuyo cumplimiento permitirá sanear el clima en el mundo y auspiciar el fomento de las relaciones mutuamente provechosas entre los EE.UU. y la URSS. Esta postura inalterable de la Unión Soviética deriva de los requisitos básicos de la política de coexistencia pacífica.

## **A tenor de la comprensión mutua y la amistad**

La Unión Soviética ha refrendado en múltiples ocasiones con hechos que en sus vínculos con los países capitalistas se guía por los postulados de la coexistencia pacífica. Un ejemplo elocuente de aplicación de los mismos son las relaciones soviético-finlandesas.

Ya en 1905, cuando Finlandia era todavía parte del Imperio ruso, Lenin vindicó el derecho del pueblo finés a la autodeterminación. A raíz de la Revolución de Octubre, en diciembre de 1917, el fundador del Estado soviético firmó la disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo reconociendo la soberanía de la República Finlandesa.

La evolución de los dos países siguió rumbos diferentes: Rusia emprendió la construcción del socialismo, Finlandia siguió el derrotero del capitalismo. En la cincuentenaria historia de las

relaciones entre ambos países hubo no pocas páginas sombrías. Tanto más grato es consignar que los dos vecinos supieron cancelar las taras del pasado y patentizar en la práctica que las diferencias de régimen social no son impedimento para la buena vecindad.

Sólido cimiento para ésta fue el Tratado de amistad, colaboración y ayuda mutua concertado entre ambos países en 1948. A partir de entonces, los pueblos soviético y finlandés desarrollan con buen éxito la cooperación en los más diversos dominios: político, económico, cultural, etc. Sobre la firme base de los acuerdos a largo plazo se ha multiplicado el intercambio comercial. Cada año es mayor el canje de delegaciones de especialistas y hombres de la cultura, así como turistas. En la esfera de la política exterior, a los dos países les une el afán de ver consolidada la paz, eliminado el peligro de guerra nuclear y convertido en realidad el desarme general y absoluto. Los soviéticos valoran altamente y respaldan las pacíficas propuestas de Urho Kekkonen, en especial su iniciativa referente al establecimiento en el Norte europeo de una zona desatomizada.

Las relaciones soviético-finlandesas de buena vecindad han resistido la prueba del tiempo y demostrado que la política de coexistencia pacífica depara óptimos frutos a los pueblos: reporta tangibles ventajas económicas y —lo que es más importante— elimina las causas de conflictos bélicos y de guerra general. “En nuestro inquieto mundo, expuesto a múltiples peligros —manifestó Rafael Paasio, Primer Ministro finlandés—, las buenas relaciones entre Finlandia y la Unión Soviética constituyen un hermoso ejemplo de cómo los peligros pueden ser desterrados para siem-

pre, y las fronteras de las naciones convertidas en fronteras de paz”.

Los lazos entre Finlandia y la URSS no son ni mucho menos la única muestra de plasmación de los principios de la coexistencia pacífica. Estos postulados basan también los vínculos de la Unión Soviética con sus vecinos y con la inmensa mayoría de los países capitalistas.

El mejoramiento últimamente de las relaciones soviético-francesas ha merecido un gran interés y el aplauso de la opinión mundial. Las visitas recíprocas de estadistas de las dos grandes potencias a Moscú y París han significado un valioso aporte al fomento de la compenetración entre los dos países y contribuido al establecimiento de una vasta inteligencia en todos los ámbitos de las relaciones soviético-francesas. La firma de un convenio de colaboración en el estudio y asimilación pacífica del cosmos y de cooperación económica y científico-técnica han impulsado los nexos entre los hombres de ciencia soviéticos y franceses en interés de ambas naciones.

La Unión Soviética y Francia tienen muchos intereses comunes en el área de la política internacional, ante todo, el mantenimiento de la paz y la vigorización de la seguridad en Europa. Sus esfuerzos mancomunados pueden aportar una contribución decisiva al arreglo de los asuntos europeos. Ambas partes testimoniaron su presteza para seguir por ese camino e interesar en tan plausible menester a todos los países del continente. Han sugerido la convocatoria de una conferencia europea para estudiar los problemas de la seguridad en esta parte del mundo y la colaboración entre las naciones pertenecientes a ella. ¿Y qué puede haber más importante que la crea-

ción de auténticas garantías de seguridad en Europa, el conjurar un nuevo conflicto bélico que depararía el exterminio de pueblos enteros y el aniquilamiento de los frutos de nuestra secular civilización? Como ha remarcado con acierto la renombrada periodista francesa Genevieve Tabouis, los documentos suscritos en Moscú y París "constituyen juntos ese soporte en que se funda la escalada de la paz, opuesta a la escalada estratégica que se aplica en otros lugares".

Los soviéticos opinan que las relaciones soviético-francesas no revisten un carácter temporario y coyuntural, sino responden a las tradicionales simpatías que desde hace mucho alientan uno respecto del otro los pueblos soviético y francés. Al mismo tiempo, el acercamiento de los dos países no va enderezado contra terceras naciones. Más bien al contrario, brinda una experiencia palmaria y digna de ser imitada: la encarnación de los enunciados de la coexistencia pacífica.

De ello dan fe asimismo las relaciones entre la Unión Soviética e Italia. Aunque estos dos países pertenecen a diferentes coaliciones militares, han sabido encauzar la colaboración política, económica y cultural y ahondarla de año en año. Los puntos de vista de la URSS e Italia en muchos problemas internacionales importantes son afines o próximos. En particular, eso concierne a la no difusión del arma nuclear, el cese de todas las explosiones y prohibición de fabricar este armamento; convocatoria de una conferencia mundial para el desarme y celebración de una asamblea europea para concordar los esfuerzos de los Estados con vistas a montar un sólido sistema de seguridad en Europa.

La iniciativa de la Unión Soviética para ins-

taurar relaciones amistosas en interés de una paz sólida halló eco también en Londres, Viena, Ankara, Copenhague y otras capitales de los países capitalistas.

En la Declaración conjunta sobre los resultados de la visita del Presidente del Consejo de Ministros de la URSS, Alexéi Kosiguin, a la Gran Bretaña, se dice entre otras cosas:

“Las partes han reconocido que el arreglo pacífico de los problemas internacionales pendientes responde a los intereses comunes. Están persuadidas de que las naciones con distinto régimen social pueden y deben practicar una colaboración pacífica observando las normas de independencia, soberanía nacional, igualdad y no ingerencia en los asuntos internos de los demás, renuncia al empleo o amenaza de la feurza al dirimir los litigios entre los Estados”.

Así, al benéfico influjo de la política exterior de la URSS, los postulados de la coexistencia pacífica pasan cada vez más a presidir importantísimos documentos internacionales y se reconocen y aprueban por vastas esferas sociales. Hoy es ya más bien una regla que una excepción el que la prensa de los países capitalistas, al analizar el alcance de las visitas de los dirigentes soviéticos a otros países y demás actos de la URSS en política exterior enderezados al robustecimiento de la paz, llegue a la única conclusión justa: que la coexistencia pacífica es la única forma racional de relaciones entre los Estados con diferente régimen social. El periódico inglés *Daily Mirror*, por ejemplo, dijo en los días de la visita de A. Kosiguin a Inglaterra que el mundo se halla ante una alternativa: o la guerra fría, o la coexistencia pacífica, que puesto que todos vivimos en un

mismo planeta, el porvenir depende de hasta qué punto nuestras relaciones mutuas sean de buena vecindad.

¿Quién niega hoy que la pacífica política de la Unión Soviética concuerda con los intereses vitales de todos los pueblos, de la humanidad entera?

## **La entrevista de Tashkent**

La Unión Soviética está siempre dispuesta a prestar su ayuda a otros países en la obra de llevar a la práctica los nobles enunciados de la coexistencia pacífica, especialmente el primero y, quizás, el más importante de ellos: la renuncia a la guerra como instrumento para solventar los litigios entre las naciones y la solución negociada de los mismos. Vivo ejemplo de ello es su mediación en el conflicto indo-pakistaní.

Los colonizadores, arrojados en 1947 del Indostán, dejaron en las regiones manumitidas no pocos cepos, fiando, por lo visto, en atrapar en ellos fáciles presas. Sus cálculos no iban descaminados. Las discordias sembradas entre los pueblos hindú y pakistaní teníanlos a éstos en perenne tensión, de lo que sacaban tajada quienes asumieron la función de tutores. Las rencillas territoriales y religiosas acabaron por degenerar en un conflicto armado.

Rotas las hostilidades, la guerra podía acarrear indecibles calamidades a millones de seres humanos. Pero la India y el Pakistán tenían en la persona de la URSS a un amigo verdadero, dispuesto a contribuir desinteresadamente al restablecimiento de la concordia entre ellos. El Go-

bierno soviético, además de facilitar el cese de las operaciones militares, brindó sus buenos servicios para el arreglo pacífico del litigio.

El saldo de la entrevista en Tashkent de los dirigentes de dos grandes países asiáticos fue valorado en el mundo entero como un triunfo de los principios de buena voluntad alcanzado gracias a la iniciativa de la Unión Soviética. Como observó el periódico *Indian Express*, la diplomacia soviética prestó una inapreciable ayuda en persuadir a las dos partes de que era menester olvidar las disensiones y llegar a un entendimiento en los puntos que abrían mayores oportunidades para la colaboración. “Este es un nuevo tipo de diplomacia —manifestó el citado cotidiano—, que, posiblemente, será un modelo a imitarse en la solución de los problemas litigiosos”.

Una alta estimativa de las decisiones tomadas en Tashkent dio también la opinión pakistani. “Los siete días de conversaciones en Tashkent entre el Presidente del Pakistán, Ayiub Han, y el Primer Ministro de la India, Shastry —dijo el periódico *Doon*—, han dado los mejores resultados que cabía esperar”.

La opinión occidental también señaló que el Primer Ministro soviético consiguió lo que no pudieron hacer ni Wilson ni Johnson. La gran prensa de esa zona hubo de reconocerlo asimismo con amargura. Así, el *Sunday Times* británico deploró, por boca de su columnista Franc Jails, que Inglaterra, que “había ayudado a crear este problema”, no supo, pese a sus reiteradas tentativas, hacer un aporte real para su solución. Y el *Times*, recordando los no tan lejanos, pero sí pasados para no volver tiempos del poderío colonial británico, lamentó consternado: “Qué extraño e

intolerable le parecería a Gurzon el hecho de que los asuntos de la península del Indostán, que él regentó, son ahora debatidos en Tashkent. . .”

¿Qué hacer, señores, si el clima de Tashkent ha resultado ser más saludable para dos países asiáticos de la Comunidad de naciones que el aire húmedo de las islas Británicas? En nuestros días no tiene sentido alguno resucitar las visiones de los antepasados coloniales o fingirse daltoniano y no querer advertir la mudanza de colores en el mapa político del mundo. ¿No es mejor mirarlo con los ojos de los pueblos y reconocer el derecho de los jóvenes Estados a solventar por sí mismos sus asuntos internos y exteriores? ¿No es mejor rendir el merecido tributo al desinterés y la que-  
rrencia a la paz de la política exterior soviética? Así han procedido muchos publicistas occidentales, en particular, Walter Lippman. “El mundo se siente mejor —escribió— gracias a lo que se ha hecho en Tashkent, pues para la humanidad era muy importante demostrar que todavía se puede prevalecer sobre la violencia”. Sí, el triunfo del diálogo de Tashkent ha corroborado la vitalidad del modo de dirimir los pleitos entre las naciones en torno a la mesa redonda, lo humano y justo de tal norma.

El encuentro de Tashkent ha evidenciado una vez más que en todos los casos cuando en la balanza de la política mundial aparece una iniciativa de la URSS, el fiel se inclina al lado de las fuerzas que postulan la paz y la amistad entre los pueblos.

Se dice que el tiempo es el mejor juez. Arroja despiadadamente al Leteo todo lo que no es digno de ser asentado en el activo de la humanidad y enaltece las hazañas que son como faros para

los pueblos. Ha pasado poco tiempo desde la entrevista de Tashkent, pero ya puede asegurarse sin titubeos que ese encuentro pervivirá en el corazón de los pueblos.

En una rueda de prensa convocada con motivo del primer aniversario de la firma de la Declaración de Tashkent, el embajador de la India en la URSS, Keval Singh, señaló que en la historia de los dos Estados —India y Pakistán— hubo muchos momentos en que las fuerzas exteriores intentaron complicar las relaciones entre ellos. Respecto a la cita de Tashkent, dijo el embajador, ha sido el primer caso en que una tercera nación prestó su concurso sincero para el establecimiento de relaciones pacíficas entre los dos Estados.

# **EL DESARME: SENDA HACIA UNA PAZ SOLIDA**

## **El proyecto soviético de desarme**

Desde la tribuna de las Naciones Unidas, la delegación soviética sugiere proposiciones concretas cuya ejecución libraría a las generaciones venideras del cataclismo de la guerra. Con ello, la URSS contribuye a elevar el papel de esta organización en la brega por la paz general y la prosperidad de los pueblos. Es desde esa alta tribuna que la Unión Soviética exhortó en 1959 a los gobiernos y pueblos a emprender la vía más breve y certera para implantar una paz duradera en la Tierra: llevar a la práctica el desarme general y completo, que será la garantía material para la coexistencia pacífica de los Estados con sistema social diferente.

La actitud de los comunistas rusos ante el desarme quedó definida ya antes de la Revolución de Octubre. “El desarme —dijo Lenin en 1916— es el ideal del socialismo”. Como hemos señalado más arriba, ya en la Conferencia de Génova (1922) presentó la Unión Soviética la primera propuesta de desarme general que registra la historia. “Desde los tiempos de Génova —ob-

serva el científico norteamericano W. Maham—, la URSS ha venido defendiendo consecuentemente la tesis de que la paz general puede ser establecida sólo mediante la puesta en práctica de las medidas más aceptables de desarme. En las diferentes conferencias internacionales, los programas más radicales de desarme fueron propuestos por los delegados soviéticos.”

Si en el intervalo entre las dos guerras mundiales las potencias de Occidente no examinaron en serio el programa soviético de desarme, después de formado el sistema socialista mundial, cuando la correlación de fuerzas se alteró radicalmente a favor de los Estados pacíficos, era ya mucho más complejo rechazar tales propuestas. El programa soviético es respaldado hoy por los gobiernos de los países socialistas y de la mayoría de los Estados de joven soberanía, simpatizando con él los pueblos de los cinco continentes.

La Unión Soviética ha declarado al mundo entero que la humanidad debe ser exonerada de los improductivos gastos militares, que el desarme general y completo es una perspectiva plenamente real, pudiendo ser realizado en el transcurso de cinco años. Según el proyecto soviético, en ese lapso deben desaparecer en todos los países las fuerzas armadas en su totalidad, no quedando ni ejército terrestre, ni marina de guerra ni aviación militar. Los soldados serán desmovilizados, reintegrándose al estudio y a las profesiones civiles. Los oficiales, generales y demás especialistas militares se dedicarán a menesteres pacíficos y beneficiosos para la sociedad. Cesará por completo la instrucción militar.

Las existencias de armamento, en primer lugar atómico, biológico y químico, serán destrui-

das. y paralizada la fabricación de armas. También los cohetes militares deberán ser demolidos o entregados para su utilización civil bajo riguroso control. A chatarra se reducirán los aviones y barcos de guerra, los tanques y la artillería, las ametralladoras y demás tipos de armamento. Se desmantelarán las bases militares en territorios ajenos y propios. La población dejará de pagar impuestos y demás tributos para atenciones bélicas.

Los Estados se reservarán sólo reducidos contingentes de policía pertrechados con armas de fuego ligeras, destinados a garantizar el orden interior y, en caso de necesidad, también a cumplir las obligaciones que requiera el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales a tenor de la Carta de la ONU.

Según el proyecto soviético, todas las estipulaciones irán acompañadas de severas medidas de control internacional.

El proyecto de desarme general y completo sugerido por la Unión Soviética hace mucho que se discute en el correspondiente Comité de la ONU. Los colocutores occidentales de la URSS en el Comité promueven objeciones en cuanto a los plazos del desarme, el sistema de control, etc. Los soviéticos confían en que antes o después el Comité de la ONU para el desarme podrá superar las divergencias y cumplir airoosamente el menester encomendado para bien de todos los pueblos.

Las proposiciones de la URSS encaminadas a la supresión de los armamentos y el peligro de guerra han encontrado vehemente eco en todos los pueblos de la Tierra. Ni siquiera los enemigos declarados de la distensión internacional y del

desarme pueden ahora pronunciarse de una manera abierta contra las propuestas soviéticas. Porque ¿cómo convencer a los pueblos de que han de gastarse sumas fabulosas en armamentos, cuando en decenas de países están aún por resolver los problemas de la lucha contra la miseria y el desempleo, el analfabetismo y las enfermedades?

Interpretando los afanes más sentidos de los pueblos, la ONU aprobó en diciembre de 1962, a iniciativa de la URSS, una declaración refrendando que “la ejecución del desarme general y completo en condiciones de control internacional será un bien absoluto para la humanidad entera”.

El desarme general y completo liberará para el desarrollo de la economía pacífica, para el mejoramiento de la vida de los pueblos recursos inmensos. En todo el mundo, los gastos directos de los Estados para el mantenimiento de las fuerzas armadas totalizan hoy 130.000 millones de dólares anuales.

Y con 100.000 millones de dólares podrían construirse: casas para 9 ó 10 millones de familias, o 25.000 hospitales con 4 millones de plazas, o 50.000 escuelas, o millares de empresas industriales. Sólo con las economías reportadas por el desarme se podría en 25 años doblar la suma de riquezas disponibles fruto del trabajo humano. Es evidente que el idóneo aprovechamiento de estos recursos aparejaría una mejora a fondo de la situación de todos los pueblos, tanto grandes como pequeños, altamente industrializados como subindustrializados.

Con el desarme ganaría todo el mundo. Por

eso los soviéticos consideran que, al propugnar el desarme general y completo, la URSS interpreta los intereses de todos los pueblos, de la humanidad entera.

## Medidas parciales

A juicio de la Unión Soviética, el desembarazar plenamente a los pueblos del pesado fardo de los armamentos debe constituir la principal finalidad de los gobiernos de todos los países, y en primer término de las grandes potencias. Pero eso no supone que la URSS recuse las medidas parciales: reducir las fuerzas armadas y los armamentos, cesar las pruebas nucleares, etc. La Unión Soviética aplaude cualquier paso encaminado al desarme e incluso a la restricción de los armamentos, y más de una vez ha dado ejemplo a otras naciones, presentando a la deliberación de la ONU las correspondientes propuestas, aminorando las asignaciones militares en su presupuesto público, etc.

El pueblo soviético saludó con todos los hombres de la Tierra adictos a la paz la conclusión en Moscú el año 1963 del Tratado de prohibición de las explosiones nucleares en la atmósfera, el cosmos y las profundidades marinas. Gracias a ello es hoy más puro el aire que respiramos y mejor la salud y el ánimo de la gente. La firma de este tratado patentizó que entre los países socialistas y capitalistas es factible la inteligencia para contener el armamentismo.

Después hicieron algunos otros progresos en el mismo sentido. La URSS y los EE.UU. llegaron a un acuerdo, refrendado por una resolución

de la Asamblea General de la ONU, para no satelizar artefactos pertrechados con armas nucleares. La Unión Soviética, Estados Unidos e Inglaterra anunciaron que reducirían la producción de materiales fisibles para fines militares.

El marcado proceso de restricción de los armamentos fue interrumpido por las acciones agresivas de los EE.UU. en el Sudeste de Asia. Claro, la tensa situación presente, cuando la guerra hace estragos en el Vietnam, no auspicia la adopción de medidas radicales de desarme. No obstante, ya ahora podrían practicarse algunas decisiones parciales, para, cuanto menos, detener el impulso de los armamentos y de la producción bélica.

De que tales acuerdos son factibles da fe la conclusión del Tratado sobre las reglas de actividad de las naciones en la investigación y aprovechamiento del espacio cósmico, incluida la Luna y otros cuerpos celestes, al que se sumaron numerosos Estados, deseosos de que el cosmos no sea palestra de rivalidad militar, sino esfera de fecunda colaboración de las naciones con diferente régimen social. El periódico italiano *Stampa*, saludando el tratado, señaló que su objeto es "impedir que en el futuro se abra un nuevo capítulo en la carrera de los armamentos". Y el chileno *Siglo* manifestó: "el hecho de que a este tratado se adhiera la mayoría de las naciones constituye una nueva victoria de la Unión Soviética y de sus esfuerzos para reducir al mínimo la eventualidad de una guerra termonuclear. . ."

Los soviéticos confían en que ese acuerdo, enderezado a contener el armamentismo en el cosmos, será un buen ejemplo para el logro de un entendimiento sobre el desarme en tierra.

## La solución de los problemas nucleares; quehacer impostergable

¿Por qué, digamos, no complementar el Tratado de Moscú de 1963 con un convenio sobre la prohibición de los estallidos nucleares bajo tierra y así paralizar las pruebas, que, como se sabe, sirven para perfeccionar el arma más mortífera que jamás conoció la humanidad? Los EE.UU. no quieren ese acuerdo, interponiendo artificiosas exigencias de inspección internacional, aunque, dado el presente nivel de la técnica, el registro de las explosiones subterráneas es plenamente practicable con los medios nacionales de detección. Los norteamericanos rechazaron también la sugerencia conciliatoria de la República Árabe Unida: prohibir los estallidos subterráneos por encima de una determinada potencia, y para los demás establecer una moratoria voluntaria hasta el logro de un entendimiento definitivo.

No se trata de que los norteamericanos teman que los rusos "les engañen", presentando las explosiones subterráneas como terremotos en Kamchatka. Los científicos estadounidenses saben perfectamente distinguir una cosa de la otra. El asunto es que los EE.UU. no quieren dejar de seguir perfeccionando las armas nucleares. Así lo corroboran los datos oficiales: en tres años, desde la firma del Tratado de Moscú, han practicado casi cien explosiones nucleares subterráneas, habiendo gastado 570 millones de dólares en la creación, mediante tales experimentos, de una "nueva generación de ojivas nucleares". Es por eso que el Comité de los 18 no puede concordar el cese de las pruebas subterráneas. Otro proble-

ma importante cuya solución responde a los anhelos de los pueblos y que, a juicio de la URSS, podría ser lograda sin tardanza, es la no difusión de las armas nucleares. Cuanto más se extiendan por el mundo estos armamentos, mayor será el peligro de que estalle una hecatombe asoladora. De lo impostergable que es solventar este asunto da idea el hecho de que los EE.UU. han suministrado ya, por lo menos a 26 países, reactores nucleares: la base para la producción de bombas atómicas.

Un peligro especial representan los preparativos nucleares en la República Federal de Alemania. En los últimos años, los gastos para investigaciones en la esfera de los cohetes se han multiplicado ahí por diez. Constrúyense a marchas forzadas reactores atómicos, y en los próximos años la producción de plutonio crecerá a tal punto, que la RFA podrá fabricar anualmente centenares de bombas atómicas.

Para tranquilizar a la opinión mundial, los gobernantes bonnianos declaran que no aspiran a la producción de sus propias armas nucleares, ni a la tenencia o disposición nacional de las mismas. Dudosamente creerán los pueblos de Europa las palabras de los líderes oestealemanes. Hay que padecer de amnesia aguda para no recordar el sino de anteriores promesas trompeteadas en las orillas del Rin, Mencionemos uno de esos juramentos: a finales de los años cuarenta, el presidente y el canciller de la RFA anunciaron solemnemente que Alemania Occidental renunciaba para siempre a formar su ejército. Hoy la Bundeswehr es el ejército más fuerte de Europa Occidental.

A la par que crea su propio potencia nuclear,

la RFA no cesa sus tentativas de apoderarse de la bomba atómica a través de la OTAN. Los proyectos de incorporar a la RFA en el "sistema colectivo de armamento nuclear" de esa coalición tienen por objeto facilitar a Alemania Oeste en forma disfrazada el acceso a las armas nucleares. De que Washington ve con buenos ojos tales planes lo prueban, entre otras cosas, las explicaciones de la prensa norteamericana al decir que los acuerdos de 1954 entre la RFA y sus aliados de la OTAN prohíben a Bonn producir armas nucleares, pero no comprarlas en otros países. Por lo visto, los autores de tales "aclaraciones" piensan en serio que, digamos, los franceses o los polacos se felicitarán si las bombas atómicas arrojadas contra ellos desde las orillas del Rin llevan la marca "Made in US", y no la de la RFA.

El Gobierno de Alemania Oeste busca también otras vías hacia las armas nucleares. Ha señalado la necesidad de constituir las "fuerzas nucleares europeas", confiando en la participación directa en ellas de la RFA. Y de ahí no hay más que un paso a la hegemonía de Bonn en Europa Occidental.

Los vecinos de Alemania Oeste se dan clara cuenta de lo que sucedería si los revanchistas, que presentan sin rebozo reclamaciones territoriales a varios países europeos, consiguen el acceso a unas armas de tan temible poder ofensivo. Probablemente que, en tal caso, muchos países europeos se verían obligados a tomar medidas de respuesta para incrementar su potencial militar. Es lógico suponer que todo ello aparejaría la ulterior proliferación de los armamentos de exterminio masivo y que se verían arrastrados a la carrera nuclear no ya sólo los grandes países, sino

también los pequeños.

De prestar oído a ciertos políticos norteamericanos de relieve, podría pensarse que los EE.UU. están dispuestos ahora mismo a concertar un acuerdo sobre la no diseminación de las armas nucleares. Así, el vicepresidente G. Humphrey aseveró: "Nosotros no debemos en ningún caso cejar en el intento de prevenir la catástrofe a que abocaría la ulterior difusión del arma nuclear". Es una idea sensata. ¿Pero se ve respaldada por los hechos? ¡Qué va! A despecho de las buenas palabras del vicepresidente, los círculos influentes de los EE.UU. siguen las veredas de la colaboración nuclear con la RFA, viendo en esa cooperación el instrumento para fortalecer sus posiciones militares en Europa Occidental. Eso explica la falta de ganas de los EE.UU. para convenir la no extensión de las armas nucleares. El proyecto norteamericano de acuerdo sobre el particular apunta a un objetivo totalmente distinto: conseguir la llamada "regulación" del uso por los Estados no nucleares de estas armas, recibidas de las potencias que las poseen.

La Unión Soviética postula una solución cardinal del problema, proponiendo a sus colocutores en las negociaciones concertar un tratado prohibitivo de toda diseminación de las armas nucleares tanto en forma directa como oblicua, o sea, por intermedio de alianzas y bloques militares. Para ello es necesario prohibir la entrega de las armas nucleares o del control de las mismas a las fuerzas armadas, unidades o militares de los Estados no poseedores de tales pertrechos. La URSS insiste en que el tratado no debe tener escapatoria alguna que posibilite eludir el cumplimiento de esta cláusula.

## Resoluciones útiles para la paz

La XXI Asamblea General de la ONU aprobó, a propuesta de la delegación soviética, la resolución "Sobre la renuncia de los Estados a actos que dificulten el logro de un entendimiento en punto a la no difusión de las armas nucleares". Así, pues, el foro internacional más representativo se ha pronunciado inequívocamente contra cualquier tentativa de extender los armamentos de exterminio masivo, comprendido el afán de los militaristas bonnianos de acceder a ellos. Resta sólo que los Estados que votaron por esa resolución la cumplan y entonces el esperado acuerdo será concluido sin dilaciones.

Tanto la URSS como otros países socialistas que apoyan el proyecto de tratado soviético ven en tal acuerdo un importante paso hacia el desarme completo y la destrucción de las armas nucleares.

La actividad de la diplomacia soviética, orientada a conseguir un mundo sin armas, no se reduce a lo expuesto más arriba. En la posguerra, la Unión Soviética ha hecho numerosas propuestas: prohibición del empleo de las armas nucleares, que las potencias se comprometan a no hacer uso de ese armamento las primeras, desmantelar las bases militares en territorios ajenos y evacuar de ellos sus tropas, establecimiento de zonas desatomizadas en distintas regiones del mundo. . .

Esa misma XXI Asamblea General de la ONU debatió, a iniciativa de la Unión Soviética, una serie de cuestiones de capital importancia para el mantenimiento de la paz en el mundo.

La discusión en torno a la primera de ellas

—“El cumplimiento de la declaración sobre la inadmisibilidad de la ingerencia en los asuntos internos de las naciones y sobre la salvaguardia de su independencia y soberanía”— coronó con una resolución que expresaba la honda inquietud motivada por los repetidos hechos de intromisión armada de unos Estados en los asuntos privados de otras naciones registrados en distintas zonas del mundo. Este documento traducía, en primer lugar, la zozobra de la opinión mundial a causa de la contumaz agresión de los EE.UU. en el Vietnam.

Otra proposición soviética —el desmantelamiento de las bases militares en los países de Asia, Africa y América Latina— suscitó también una borrascosa discusión, sacando de sus casillas a varios diplomáticos occidentales. Su irritación era comprensible, pues tratábase de desmontar las bases de las potencias de Occidente, convertidas en focos de subversión contra Estados soberanos, en cabezas de puente para sofocar los movimientos de liberación nacional. La Asamblea General adoptó una resolución en la que se acentuaba que el problema de las bases “requiere un serio examen en vista de sus consecuencias para la paz y la seguridad internacional”. El desmantelamiento de las bases estratégicas en territorios ajenos sigue debatiéndose en el Comité de los 18.

La Delegación soviética ha dado siempre gustosa sus votos a favor de las resoluciones útiles para la paz sugeridas por las delegaciones de otros países. Y tales mociones no han sido pocas. Así, Checoslovaquia propuso se observara rigurosamente la interdicción del uso o amenaza de uso de la fuerza en las relaciones internacionales

y el derecho de los pueblos a la autodeterminación. La delegación de la República Popular Húngara sugirió también un proyecto de resolución muy importante, exhortando a prohibir el empleo de las armas química y bacteriológica y a que todos los países se sumaran al Protocolo ginebrino de 1925. Y esta resolución, que condena de hecho a los EE.UU. por el uso del arma química en el Vietnam, fue aprobada por la Asamblea General.

La delegación de la URSS respalda siempre todo acto sincero de no importa qué nación encaminado a vigorizar la paz. La Unión Soviética propende a cohesionar en la ONU a los Estados que abominan la agresión y, por tanto, a elevar el papel de esta organización en la brega por la paz y la independencia de los pueblos.

La opinión soviética alienta la certeza de que, no obstante las barreras que levantan algunas potencias occidentales, serán hallados los caminos para contener y cesar la carrera de los armamentos, los nucleares en primer término, y las grandes potencias, cumpliendo la voluntad de los pueblos, darán pasos prácticos en este sentido. Mas para ello es preciso que todos los Estados que votan por resoluciones pacíficas de la ONU tiendan a ponerlas en práctica.

## **GARANTIA DE SEGURIDAD A EUROPA**

Dos veces en la primera mitad del siglo XX fue Europa envuelta en las llamas de la guerra. Y las dos veces el incendio se extendió a otros continentes, transformando el drama europeo en masacre mundial. En uno y otro caso actuó el militarismo germano como promotor del desastre.

Después de derrotados los ejércitos hitlerianos en 1945, Europa asemejaba a una casa carbonizada. Los pueblos que habitan este continente y que padecieron los mayores sacrificios en las dos conflagraciones desearían saber que con el militarismo teutón se ha terminado para siempre. Animó esa esperanza el acuerdo de Potsdam, que proclamó la inadmisibilidad del resurgimiento del militarismo y el nazismo en Alemania y esbozó un programa del mundo futuro, fundado en la idea de la seguridad colectiva.

Pasaron contados años, y las sabias decisiones tomadas en Potsdam fueron dadas al olvido en Occidente. En el Rin empezó a resucitarse a marchas forzadas el militarismo. Todas las pústulas de la política bonniana supuraban

revanchistas, quienes se impusieron la revisión de los balances de la segunda guerra mundial, el restablecimiento del Reich en las fronteras de 1937 y la reunificación de los dos Estados alemanes existentes mediante la absorción de la República Democrática Alemana.

En el bloque militar noratlántico, obra principalmente de los esfuerzos de los EE.UU., desempeñó un lugar visible la República Federal de Alemania. Luego se transformó en la primera fuerza europea de la OTAN y alargó las manos hacia las armas nucleares. Los EE.UU. auspician por todos los medios a los revanchistas bonnianos, apostando en Europa a las fuerzas militaristas de Alemania Oeste principalmente. La presencia de las tropas norteamericanas, de sus bases militares y armas nucleares en el continente europeo tampoco coopera al alivio de la tirantéz en esta parte del mundo.

Es lógico que la Unión Soviética, calibrando la situación real cristalizada en el continente, la conceptúe como preñada de graves consecuencias para la paz. ¿Es posible sanear el clima europeo, crear condiciones que hagan imposible el estallido por tercera vez de un conflicto bélico mundial? Sí, indudablemente. Esa es la respuesta que dio a este interrogante la reunión del Comité Político Consultivo de los Estados signatarios del Tratado de Varsovia celebrada el verano de 1966 en Bucarest. Los países socialistas europeos representados en esa asamblea confeccionaron un programa concreto y plenamente real para instituir un sistema de seguridad colectiva en el continente. ¿Qué propuestas contiene la Declaración sobre el robustecimiento de la paz y la seguridad en Euro-

pa, suscrita por todos los países del Tratado de Varsovia, la URSS entre ellos, en la capital rumana? ¿Qué es preciso hacer para que en Europa no vuelva a encenderse la tea de la guerra?

PRIMERO. Fomentar las relaciones de buena vecindad conforme a los principios de la independencia y la soberanía nacional, la igualdad de derecho, la no ingerencia en los asuntos internos de los demás y la ayuda mutua, es decir, a base de los postulados de la coexistencia pacífica entre los Estados con distinto régimen social. El camino recto para el encauzamiento de tales relaciones es la vigorización de los vínculos económicos y comerciales y de la colaboración práctica en el terreno de la ciencia, la técnica, la cultura y el arte, así como los contactos en todos los dominios susceptibles de abrir nuevas oportunidades para la cooperación de las naciones europeas. La seguridad en Europa será más firme y estable cuanto más vasto y sólido sea su cimiento material: los plurales nexos económicos, productivos, comerciales, científicos y técnicos entre los países, tanto bilaterales como multilaterales.

Los pueblos de Europa conocen no pocos ejemplos de auténticos lazos de buena vecindad entre países socialistas y capitalistas. Y si, digamos, han sabido establecer buenas relaciones entre sí la URSS y Francia, ¿por qué no pueden todos los países europeos sin excepción vivir en paz y amistad? Hoy en el continente han cuajado condiciones muy favorables para ello. Los contactos mutuos entre estadistas han permitido encaminar bien las relaciones de la Francia capitalista con numerosos países socialistas del Este de Europa: Polonia, Rumania,

Checoslovaquia, Bulgaria, Hungría. “Hoy —observó el general De Gaulle—, entre estos pueblos y el nuestro la guerra fría parece una cosa ridícula, en tanto que se canaliza una colaboración amistosa cada vez más vasta”<sup>1</sup>.

Prosperan y se fortalecen los lazos de la Unión Soviética y otros países socialistas con naciones europeas como Finlandia, Italia, Gran Bretaña, Austria, Grecia, Dinamarca, etc. Ha mejorado sensiblemente la situación en los Balcanes, en tiempos polvorín de Europa.

En una palabra, los principios de la coexistencia pacífica promovidos por la Unión Soviética, devienen más y más la norma en las relaciones entre los Estados europeos, dilatando el área de su acción a extensas zonas del continente, mientras que esa relativamente pequeña región feudo de los revanchistas, que no aceptan la coexistencia pacífica, se sume cada vez más en el aislamiento político.

SEGUNDO. Apremia la necesidad de adoptar medidas tendientes a mitigar la tirantez militar en Europa. El medio más radical para ello sería la simultánea disolución de las coaliciones militares existentes: el Pacto Noratlántico y el Tratado de Varsovia. Los países socialistas han recusado siempre los bloques bélicos, entendiendo que la división del mundo en alianzas militares hostiles representa un peligro directo para la paz y la seguridad general. Pero el Tratado de Varsovia fue concertado en respuesta exclusivamente a la formación de la OTAN y la inclusión en ella de Alemania Oeste.

Por entonces en la prensa occidental proli-

---

<sup>1</sup> *Le Monde*, 30-31. X.66.

feraban las elucubraciones a propósito de una pretendida e inminente “amenaza del Este”. Ahora apenas hay quien crea en tales patrañas. Aun los estrategas de la OTAN han debido reconocer no existe amenaza alguna por parte de la URSS, que la Unión Soviética no abriga la menor intención de “ocupar Europa Occidental”. En ese espíritu de cordura se manifestaron los generales Eisenhower y Heusinger y muchos otros estadistas y políticos de los países de Occidente. Si es así, cabe preguntar, ¿para qué hace falta en nuestros días la Alianza Noratlántica, que proclama fines defensivos? Pues resulta que no hay de quién defenderse. . .

Los países pertenecientes al Tratado de Varsovia consideran hoy, como ayer, que la presencia de bloques militares y bases estratégicas en territorios de otros Estados impide el encauce de la colaboración entre las naciones del Oeste y el Este. Los bloques bélicos, disociados de las tendencias de la vida internacional contemporánea, deben ceder la plaza a un eficaz sistema de seguridad basado en relaciones de igualdad y respeto mutuo entre todos los países del continente. La Unión Soviética y otras naciones socialistas han reiterado que, caso de ser disuelta la Alianza Noratlántica, quedaría anulado igualmente el Tratado de Varsovia.

Tal es el programa máximo avanzado por los países socialistas de Europa. Por supuesto, toman en consideración que los miembros de la OTAN pueden no estar por el momento preparados para ello, y por eso sugieren un programa mínimo: la disolución de las organizaciones militares de ambas alianzas contrapuestas. Simultáneamente, las naciones del Tratado

de Varsovia han declarado sincera y categóricamente que mientras subsista el Bloque Noratlántico, de signo agresivo, se proponen mantener la debida vigilancia y fortalecer su potencial defensivo.

TERCERO. Los autores de la Declaración de Bucarest proponen medidas parciales enderezadas al alivio del clima político europeo:

desmantelamiento de las bases militares extranjeras;

salida de todas las tropas de los territorios extranjeros y su reintegración al suelo patrio;

reducción de las fuerzas armadas de ambos Estados alemanes;

creación de zonas desnuclearizadas y otras medidas tendientes a eliminar el peligro de conflicto nuclear;

cese de los vuelos de aviones extranjeros con bombas nucleares sobre Europa y de entrada en puertos europeos de barcos extranjeros pertrechados con armas nucleares.

Entre las medidas parciales sugeridas en Bucarest figura en primer término la supresión de las bases militares extranjeras. Y eso no es casual. En cualquier continente, en numerosas islas del océano mundial, en los inhóspitos desiertos y zonas de congelación perpetua mendean las bases estratégicas de los países occidentales y, ante todo, de los EE.UU. Aeródromos, rampas lanzacohetes, dársenas para los buques de guerra... Todos estos engendros del militarismo y de las apetencias agresivas son viveros de tirantez internacional y amenazan la independencia de los pueblos. Es indudable que las bases militares de Occidente no sólo apuntan contra los países socialistas, sino per-

siguen también sofocar el movimiento de liberación nacional y fortalecer las posiciones de los colonialistas. La presencia de las bases es incompatible con la soberanía y la seguridad de los países donde se hallan instaladas.

En la posguerra, los dirigentes norteamericanos declararon "zona de seguridad" de los EE.UU. prácticamente todo el mundo no socialista. En esa "zona" entraban Groenlandia, Islandia, Inglaterra, Italia, Turquía, Pakistán, Libia, Corea del Sur y numerosos otros países situados mucho más cerca de la Unión Soviética que de los EE.UU. Al socaire de una palabrería huera sobre la "amenaza soviética", los medios gobernantes yanquis crearon más de una vez una amenaza real para la paz, encendiendo guerras locales, tratando por la fuerza de imponer a los pueblos el "modo de vida americano". Mencionemos como botones de muestra las bases en Corea del Sur y Japón, utilizadas en la guerra coreana, las de Guantánamo y América Central, convertidas en semilleros de provocaciones contra la Cuba libre, las de Taiwán, Thailandia y otras del Sudeste de Asia, desde las que los piratas aéreos yanquis atacan a la República Democrática de Vietnam.

Sólo en Europa hay hasta ahora decenas de bases norteamericanas atendidas por centenares de miles de soldados, millares de ojivas nucleares, etc. Es natural que, en caso de guerra, sufran en primer lugar los pueblos de esos países en cuyos territorios se instalaron estos reductos de la muerte. Y también en tiempo de paz las bases norteamericanas y los aviones pertrechados con armamento nuclear pertenecientes a ellas representan un grave peligro para los

pueblos. ¿No lo testimonia así la catástrofe de un bombardero norteamericano con bombas nucleares sobre el pueblecillo español de Palomares? ¿Quién garantiza que tales casualidades no sean mañana la chispa que provoque el cataclismo irreparable?

El gesto de Francia, al despedir de su territorio las bases extranjeras, ha producido fuerte impresión en los miembros de la OTAN, quienes ven que las bases yanquis están destinadas ante todo a garantizar posiciones de mando a los EE.UU. en sus países. Tenía razón el semanario de Ankara *Enh* al manifestar que las bases norteamericanas en Turquía no tienen “nada que ver con la defensa nacional del país y sólo responden a los intereses del Pentágono”. Lo mismo cabe decir de las demás bases extranjeras yanquis en dondequiera que estén.

CUARTO. Excluir la eventualidad del acceso de la RFA a las armas nucleares en cualquier manera: directa o indirectamente, a través de las agrupaciones de Estados; en forma de tenencia exclusiva o en no importa qué otro modo de participación en la disposición de esas armas.

Ya nos hemos referido a este punto en el capítulo anterior y demostramos que de cómo sea solventado depende en mucho el futuro de los pueblos europeos y no sólo de ellos. Los conferenciantes de Bucarest estimaron oportuno advertir que el acceso de la RFA a las armas nucleares en cualquier forma que fuere comportaría graves consecuencias para la paz y la seguridad de Europa, obligando a los países socialistas a tomar las necesarias medidas para garantizar su seguridad.

QUINTO. Todos los Estados, tanto euro-

peos como no europeos, en sus actos de política exterior deben partir del reconocimiento de las fronteras que en realidad existen entre las naciones europeas, comprendidas la polaca en la línea Oder-Neisse y las vigentes entre los dos Estados alemanes.

Las fronteras existentes son una especie de armazón del edificio de la seguridad europea. Para que este edificio sea firme y estable es indispensable asegurar la solidez de ese armazón. La historia de las relaciones internacionales registra multitud de ejemplos en que el empeño del Estado agresor en "rectificar" las fronteras provocó el conflicto armado. También en nuestros días hay aficionados a recortar el mapa de Europa. Los círculos revanchistas de la RFA no reputan necesario ni siquiera disfrazar su ambición de revisar las fronteras europeas. Demandan el restablecimiento de Alemania en los límites de 1937.

No puede haber duda de que las apetencias de los revanchistas no se reducen a los territorios del Este europeo, sino que llevan otras direcciones también. Y si ahora callan sus pretensiones a los vecinos del Oeste y el Sur, eso obedece a consideraciones tácticas: la realidad les ha enseñado a evitar la lucha en dos frentes.

Los países socialistas consideran con razón que mientras Bonn no abdique de sus pretensiones territoriales persistirá la tirantéz en Europa.

SEXTO. La Declaración de Bucarest invita a proseguir las búsquedas para un arreglo alemán pacífico ajustado a los intereses de la paz y la seguridad de todos los países de Europa. Al solucionar este problema, hay que partir del

hecho real de que existen dos Estados alemanes. Y ambos —la RDA y la RFA— deben participar en los esfuerzos encaminados al desarrollo de la colaboración intereuropea. En lo que atañe a su unificación, la vía para ello no es otra que la distensión, el gradual acercamiento y acuerdo entre ellos, la solución de los problemas del desarme en Alemania y en Europa. Inexcusable requisito para la unificación de Alemania debe ser la certeza de que este Estado será auténticamente pacífico y democrático y que jamás amenazará a sus vecinos ni la paz en el continente.

La República Democrática Alemana ha emprendido en repetidas ocasiones pasos constructivos para el acercamiento con la República Federal, le ha propuesto sentarse a la mesa de las negociaciones para ventilar los asuntos nacionales pendientes. En vísperas de 1967, el Presidente del Consejo de Estado de la RDA, Walter Ulbricht, avanzó un programa de medidas concretas cuyo cumplimiento habría aproximado a los dos Estados alemanes con miras a la constitución de una Confederación. Recordemos las más esenciales de estas proposiciones:

conclusión de un acuerdo entre los gobiernos de ambos Estados alemanes para el establecimiento de relaciones normales entre ellos;

reconocimiento de las fronteras vigentes en Europa y reducción de los gastos militares a la mitad;

renuncia por los dos Estados alemanes a las pretensiones de poseer las armas atómicas o al derecho de disponer de ellas en cualquier forma, presteza de ambos para participar en el establecimiento de una zona desatomizada;

firma de un tratado entre la RDA y la RFA en función del cual se comprometen a adoptar el status de neutralidad;

conclusión de un tratado entre la RDA y la RFA sobre el reconocimiento de Berlín Occidental como territorio independiente y soberano.

En Alemania Oeste no faltó gente sensata que acogiera con interés las propuestas de la RDA. El comentarista de *Süddeutsche Zeitung* escribió que era preciso meditar seriamente las sugerencias de Walter Ulbricht. Y el *Frankfurter Rundschau* las denominó "Programa para la regulación de la coexistencia de los dos Estados alemanes". Pero los medios gobernantes de la RFA son de otra opinión. Un representante de Bonn declaró que el Gobierno de la RFA no se proponía ni siquiera examinar las propuestas de Ulbricht. Bonn sigue queriendo dar a entender que ignora la existencia de la RDA, que sólo el Gobierno de la RFA tiene derecho a representar al pueblo alemán.

La política de no reconocimiento de la RDA no puede contribuir al acercamiento de los dos Estados alemanes, por el contrario, aleja la perspectiva de la unificación de Alemania por vía pacífica. En cuanto a la vía militar, los revanchistas oestealemanes no deben cifrar en ella sus esperanzas. La organización del Tratado de Varsovia, pertrechada de todo lo necesario para derrotar al agresor, salvaguarda el trabajo pacífico de los pueblos de los países socialistas de Europa. El Gobierno soviético ha declarado más de una vez que la inmutabilidad de las fronteras e inviolabilidad de la República Democrática Alemana constituyen uno de los pilares más importantes para una paz duradera

y la seguridad de los pueblos de Europa. Toda tentativa de presión o chantaje con respecto a la RDA es absurda y estéril. “Sólo aventureros incorregibles —se dice en la Declaración del Gobierno soviético del 30 de enero de 1967— pueden erigir sus cálculos en la alteración de las fronteras europeas de posguerra. Al que deseara probar la solidez de los confines de la RDA y otros Estados socialistas le aguardaría un escarmiento demoledor ineluctable”.

SÉPTIMO. Un gran papel en el estudio y solución de los problemas candentes desempeñaría una conferencia europea, que podría adoptar una declaración sobre la colaboración en interés del mantenimiento y vigorización de la seguridad en Europa. Los signatarios de tal declaración se comprometerían a guiarse en las relaciones con los demás por los intereses de la paz, a zanjar los litigios por vía pacífica únicamente, a efectuar consultas e intercambio de información en orden a los problemas de interés mutuo, contribuir al fomento omnímodo de los vínculos económicos, científico-técnicos y culturales. La conferencia europea coadyuvaría a la creación de un sistema de seguridad colectiva en el continente.

Tales son los caminos para la paz y la seguridad en Europa propuestos por los países socialistas partícipes en la Conferencia de Bucarest. Huelga decir que están dispuestos a examinar cualesquiera otras sugerencias enderezadas a este fin. Uno de los problemas políticos más acuciantes del momento presente —la lucha por la seguridad de Europa— fue examinado en la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa, celebrada en la

primavera de 1967 en Karlovy-Vary (Checoeslovaquia). Los delegados a la Conferencia presentaron al examen de la opinión pública y de las fuerzas políticas y sociales interesadas un programa de acción con vistas a crear un sistema de seguridad común, basado en los principios de la coexistencia pacífica entre Estados con distintos regímenes sociales. El programa de acción aprobado en Karlovy-Vary abre a los pueblos una real perspectiva de paz. He aquí algunas de las propuestas presentadas en la Conferencia y refrendadas en la Declaración.

— concertar entre los Estados de Europa un tratado para renunciar al empleo de la fuerza y a las amenazas en las relaciones mutuas, a la ingerencia recíproca en los asuntos internos; un tratado que garantice, a tenor con los principios de la Carta de la ONU, la solución de todos los problemas litigiosos exclusivamente por medios pacíficos;

— la normalización de las relaciones entre todos los Estados y la RDA, así como entre ambos Estados germanos, entre la RDA y el Berlín Occidental como particular unidad política;

— la defensa consecuente y el desarrollo de la democracia en la RFA: la experiencia histórica y los acuerdos internacionales de posguerra dan a los pueblos el derecho a exigirlo;

— concertar un tratado sobre la no proliferación del arma nuclear, como un paso importante en el cese de la carrera armamentista.

Los representantes de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa apoyaron las propuestas de los Estados miembros del Tratado de Varsovia, referentes a la inmediata conclusión de un acuerdo para anular las organizacio-

nes militares del Pacto del Atlántico y el Tratado de Varsovia; aprobaron la idea de convocar una conferencia de todos los Estados europeos para estudiar los problemas de la seguridad y el desarrollo de la colaboración europea, así como otras iniciativas de esta índole.

“Estamos por las formas más diversas de lucha contra la amenaza militar —dijo en su discurso en la Conferencia el Secretario General del PCUS Leonid Brézhnev. — Todos los caminos deben conducir y conducirán a una paz sólida en Europa, si los comunistas y todas las fuerzas progresivas movilizan a las masas a la lucha definitiva por la seguridad europea”.

Con un alto sentimiento de responsabilidad la Conferencia de Karlovy-Vary se dirigió a la clase obrera, a los partidos socialistas y socialdemócratas, a las organizaciones sindicales, a los creyentes de todas las religiones, a los intelectuales, a las jóvenes generaciones, a las mujeres y a todas las fuerzas amantes de la paz en Europa, invitándoles a unirse y a desplegar en cada país y en todo el continente, amplias campañas, acciones masivas, encaminadas a garantizar la seguridad colectiva en Europa, a cesar la arruinadora carrera armamentista y asestar un duro golpe a las fuerzas de la guerra.

“Los pueblos de Europa son capaces de resolver los problemas de la paz y la seguridad de su continente —se dice en la Declaración. — ¡Qué tomen en sus manos los destinos de Europa!” Estas palabras encontrarán sin duda eco en los corazones de todas aquellas personas para quienes son recónditos los ideales de la paz general, para todos los que se pronuncian por una política de buena vecindad y de amistad entre los pueblos.

Lo principal hoy es aunar los esfuerzos de todas las naciones europeas para que uno de los emporios de la civilización universal —Europa— sea un continente donde prospere la fecunda colaboración entre naciones iguales en derechos, un factor de paz estable y comprensión mutua en todo el mundo. Eso lo comprenden cada vez mejor los estadistas de Europa Occidental. Así, Dinamarca ha entablado negociaciones con los países socialistas sobre la seguridad europea. Noruega se ha solidarizado con la opinión de Francia acerca del reconocimiento de la línea del Oder-Neisse como frontera occidental de Polonia. Bélgica ha exhortado a la revisión de la encallada política atlántica. La idea de la seguridad colectiva adquiere un peso cada vez mayor en la política de Finlandia y Suecia. Alemania Oeste es quien mantiene a este respecto la postura menos realista.

Entre los factores que entorpecen el establecimiento de una paz sólida en Europa hemos mencionado reiteradamente al militarismo alemán. Ahora bien, el sistema de seguridad colectiva propuesto por los países socialistas no excluye, sino, al contrario, presupone la participación en él de la República Federal de Alemania. ¿En qué condiciones? En ello hizo hincapié el Presidente del Consejo de Ministros de la URSS, Alexéi Kosiguin, en una conferencia de prensa dada en París.

“El principal aporte que puede hacer la RFA a la solución del problema de la seguridad europea —dijo— consiste en que debe clara y netamente concebir la situación en Europa, donde existen dos Estados alemanes: la RDA y la RFA, bien entendido que no hay fuerzas exteriores capaces de modificar esta situación.

Cualesquiera otros juicios a este respecto son irreales. Esa es la primera circunstancia. La segunda circunstancia es que las fronteras plasmadas en Europa después de la segunda guerra mundial son inviolables. Además, Alemania Occidental debe renunciar para siempre a toda pretensión a las armas nucleares. Si la RFA reconoce estas circunstancias, hará una gran contribución al alivio de la tirantez en Europa, a la empresa de garantizar la seguridad europea”.

Así, pues, de la propia RFA depende el alinearse con los Estados pacíficos, que tienden sinceramente a mejorar el clima internacional en el continente, o permanecer en la poco envidiable situación de “enfermo” de Europa.

El camino de erigir un sistema de seguridad colectiva en Europa no es liso ni rectilíneo. Habrá que vencer más de un escollo serio. Pero no hay obstáculos insalvables. El Presidente de Francia, Charles de Gaulle, tenía sin duda todas las razones para decir en vísperas de 1967: “En Europa continúa la guerra fría ya por espacio de 20 años; cesará pronto, porque tanto el Este como el Oeste comienzan a comprender cuán estéril ha sido el perenne y amenazante estado de tirantez, y empiezan a tomar conciencia asimismo de que el relajamiento de la tensión y luego el acuerdo y, por último, la colaboración entre todos los pueblos de nuestro añoso continente brindarían a éste la oportunidad de arreglar sus problemas, en particular, el alemán, en aras de restablecer el equilibrio pacífico necesario a todo el mundo y para que ella, Europa, encabece nuevamente el progreso de la humanidad”.

Que se cumpla esta predicción acorde con los intereses de todos los pueblos europeos.

## CONCLUSION

El Estado soviético ha sido desde el mismo día de su nacimiento un paladín de la paz y la amistad entre todos los pueblos. Ya por espacio de medio siglo la URSS aplica consecuentemente la política de coexistencia pacífica de las naciones con distinto sistema socio-económico.

Gracias al infatigable batallar de la Unión Soviética y demás fuerzas pacíficas por el triunfo de los enunciados de la coexistencia pacífica en las relaciones entre los Estados, estos principios han merecido el reconocimiento y la aprobación de numerosos foros internacionales, comprendido el más representativo de ellos: la Organización de las Naciones Unidas. El 14 de diciembre de 1957, la Asamblea General de la ONU adoptó por unanimidad la resolución sobre la coexistencia pacífica.

Pasaron los tiempos en que los enemigos ideológicos del Estado soviético podían desdeñar los actos de la URSS en política exterior, motejándolos de “propaganda”. Hoy, son muchos los estadistas y hombres públicos, periodistas, científicos, etc. de los países capitalistas —gente de ideas políticas dispares que ven en la URSS un verdadero baluarte de la paz. Incluso adversarios convencidos del régimen socialista,

al calibrar la correlación de fuerzas en el mundo, reconocen el gran significado de la coexistencia pacífica como base de las relaciones entre los Estados de ambos sistemas.

“Nosotros no tenemos en el sentido literal de la palabra otra alternativa —ha escrito el profesor norteamericano D. Fleming que la de vivir en un planeta, que, por cierto, se encoge continuamente, con la Unión Soviética y aprender a cancelar nuestras dificultades con ella sin guerra”<sup>1</sup>.

El prominente político norteamericano Averell Harriman manifestó, haciendo uso de la palabra en Washington, que ni el pueblo soviético ni sus dirigentes quieren la guerra nuclear. ¿Por qué? Porque —explicó Harriman— los rusos “han logrado éxitos fantásticos en el desarrollo de su industria, ciencia y enseñanza... Los pueblos de la Unión Soviética no quieren la guerra porque ellos, más que cualquier otro pueblo, han experimentado en sí lo que la guerra es”.

El pueblo soviético está dedicado a un fecundo trabajo pacífico. Cumpliendo las prescripciones del plan quinquenal de fomento de la economía de la URSS (1966-1970), los trabajadores del primer país socialista hacen un valiosísimo aporte al robustecimiento de la paz y la seguridad general, cooperan a vigorizar en la práctica de las relaciones internacionales el principio leninista de la coexistencia pacífica de los Estados con diferente régimen social.

En las Directrices del XXIII Congreso del

---

<sup>1</sup> D. F. Fleming, *The Cold War and its Origins*, 1917-1960, v. I, L. 1961, p. 3.

Partido Comunista de la Unión Soviética para el plan quinquenal se dice: “La tarea más palpitante consiste en no permitir el estallido de una nueva guerra mundial”. El pueblo soviético no escatima fuerzas para el cumplimiento de este cometido. En su política exterior, la URSS tiende a garantizar una paz duradera, la seguridad y la libertad de los pueblos, el fomento entre ellos de una cooperación económica, técnico-científica y cultural recíprocamente provechosa.

La Unión Soviética brinda su colaboración a todos los países que propugnan la distensión internacional y el afianzamiento de la seguridad de los pueblos. Cualquier iniciativa realmente encaminada a mantener y vigorizar la paz hallará siempre aplauso y respaldo en la URSS.

**В. КАЧАНОВ**

50 лет курсом мира

*на испанском языке*

Цена 20 коп.